

La catedral de Ambrers.

Tomo II 25 de Agosto de 1844.

LOS BEDUINOS Ó ARABES DEL DESIERTO.

Dos son las clases en que puede considerarse divididas las razas principales ó mas notables de los árabes; los que cultivan las tierras unos y los beduinos errantes ó nomadas. Estos últimos viven en un estado casi salvaje y su espíritu fanático conserva con el mas piadoso cuidado sus antiguas creencias y costumbres. No es de estas la menos notable y singular la que les escita á variar continuamente de domicilio, ó mas bien, la inconstancia de estas hordas para vivir y permanecer en un punto fijo.

El conjunto de las tiendas de una tribu se llama *dowar* ó *aduares* y estos son de forma circular. Cada *aduar* tiene su gefe que es electivo y llaman *scheick*. No usan mas que dos clases distintas de armas. La *sagaie* que es una pica de extraordinaria longitud y de la que se sirven con una destreza y una fuerza admirable, y el *yathaghan*, cuchillo prolongado y curvo en forma de puñal y que llevan casi siempre atado á su brazo derecho.

De entre todas sus costumbres que son dignas de referirse y que no podemos verificarlo por los cortos límites de este artículo, observan una de que queremos hacer mencion y que no carece de singularidad. Es esta la ceremonia que celebran para contraer el sagrado lazo del matrimonio.

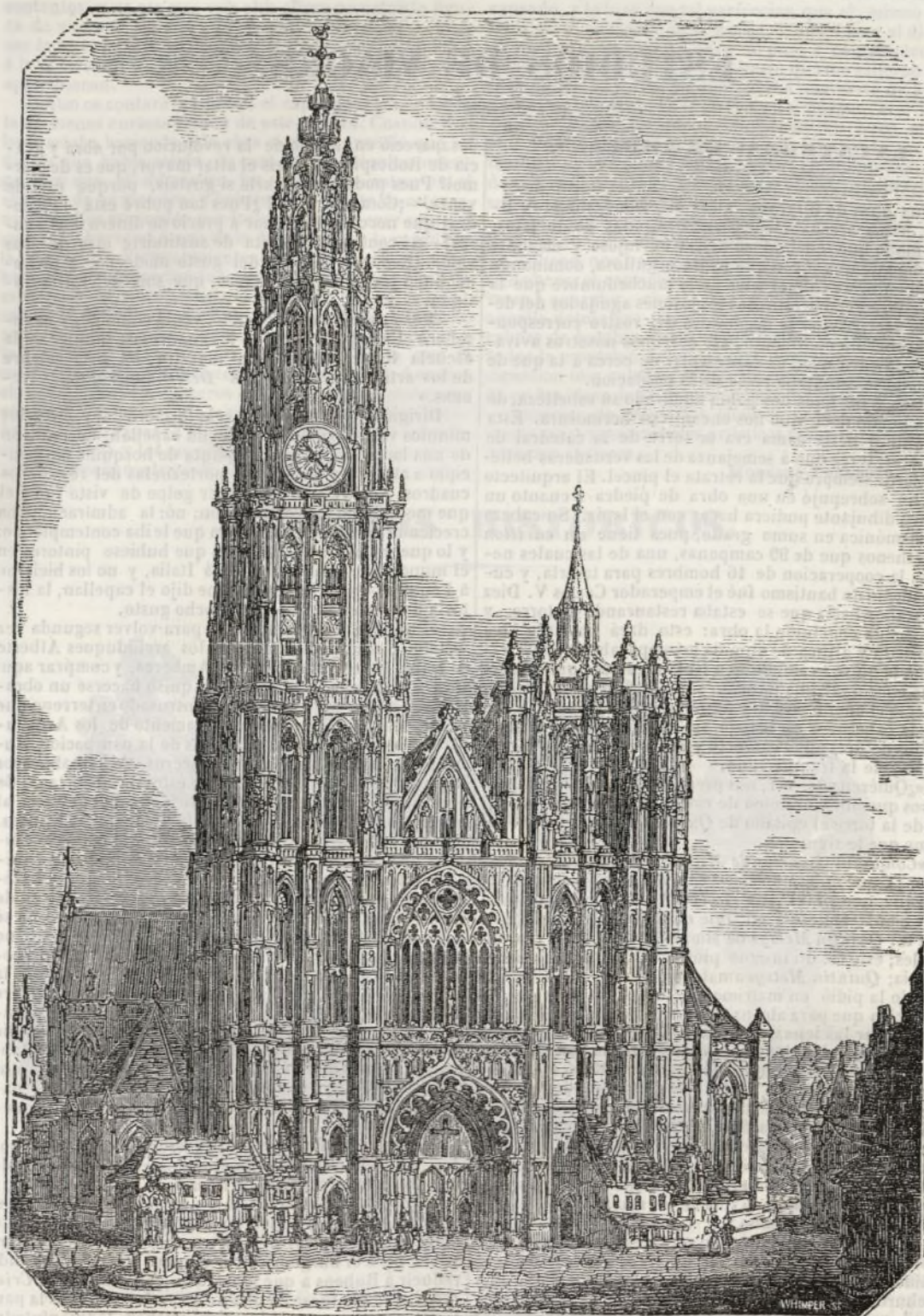
Cuando un beduino ha fijado su pensamiento sobre la muger que le conviene por esposa, se dirige á visitar al padre de la futura, y le hace relacion del número de caballos, ganado vacuno y aves que puede darle en cambio de su hija. Estipuladas las condiciones se verifica inmediatamente el matrimonio; el beduino corre á su tienda á buscar lo que ha ofrecido en recompensa de la

que le van á dar por esposa, y entregado que es, participa el padre á su hija lo que pasa, y ésta sin réplicas ni oponer objecion alguna, está en la obligacion de cubrirse con un albornoz blanco y recibir de esta manera á su esposo, que le manifiesta lo que le cuesta su posesion. A lo que contesta la desposada que no cuesta nunca demasiado una muger virtuosa y sumisa, en seguida se acuesta á descansar mientras recibe las felicitaciones solemnes de las demas jóvenes; despues monta sobre un fogoso caballo árabe, y corre á la tienda de su marido, escoltada por todas sus compañeras que pueblan los aires con sus gozosas exclamaciones. Apenas llega á la habitacion conyugal, se entrega á la novia una rama de árbol que clava en la tierra; lo que significa que asi como aquel vástago no puede salir de la tierra sin arrancarlo, tampoco debe la muger abandonar á su marido sin que este la rechace. Despues de esta ceremonia, toca sucesivamente con la mano todos los muebles y objetos de la casa, asi como cada uno de los ganados y caballos, en señal de posesion.

Casada ya y desde este momento, se cubre el rostro durante un mes, con una máscara de tela en la que hay practicados distintos ahugeros que le sirven para comer y respirar. Durante todo este tiempo no puede salir de la tienda de su marido y se entrega á la mas completa soledad.

El grabado que acompaña á este artículo representa un alto de una caravana en el instante en que se entregan al baile. Libre y descuidadamente sentados los gefes del convoy, reposan de las fatigas del viage, fumando en sus largas pipas los unos, comiendo gravemente los otros, y disfrutando en tanto del espectáculo de la danza con mas placer si es posible, que el que experimenta un elegante reclinado en su luneta contemplando los aereos saltos de las esbeltas bailarinas, en las representaciones de los fantásticos bailes de nuestros dias.





La catedral de Ambrers.

TOMO II 23 de Agosto de 1844.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA CATEDRAL DE AMBERES.

Una obra de filigrana, alta, atrevida, esbelta y ligera, habia arrebatado nuestras miradas desde lejos. Y al modo que cuando se divisa el lujoso y elegante prendido de una joven que pasea orgullosa, dominando con su enhiesta cabeza a las de la muchedumbre que la circunda, corren presurosos los jóvenes aguijados del deseo de averiguar si la hermosura del rostro corresponde al soberbio continente, así corríamos nosotros avivados de la curiosidad de contemplar de cerca á la que de tal modo se ostentaba reina de la poblacion.

Pero si de lejos nos habia admirado su esbelteza, de cerca puedo decir que nos encantó su hermosura. Esta elegante y bella dama era la torre de la catedral de Amberes; torre que á semejanza de las verdaderas bellezas pierde siempre que la retrata el pincel. El arquitecto Amélio sobrepusió en una obra de piedra á cuanto un diestro dibujante pudiera hacer con el lapiz. Su cabeza es filarmónica en sumo grado, pues tiene un *carillon* nada menos que de 99 campanas, una de las cuales necesita la cooperacion de 16 hombres para tañirla, y cuyo padrino de bautismo fué el emperador Carlos V. Diez y seis años hacia que se estaba restaurando la torre, y no se habia concluido la obra: esto dará bastante idea del ornato y altura de aquella incomparable torre. Tirabeque la quiso examinar con tanta atencion, que á fuerza de conservar una posición supina se le envaró y entumeció el cuello en tales terminos que no podia ya doblar la cabeza, y no la bajó sin experimentar fuertes y agudos dolores en el cerebelo y en los cartilagos del garguero y de la traquiarteria.

«¿Quiéren vds. ver, nos preguntó Mr. Henri, los milagros que obra el deseo de casarse? Pues lean vds. al pie de la torre el epitafio de *Quintin Metsys*, y el verso latino que le sigue:

«*Connubia lis amor de Mulcibre fecit Apellem.*»

—¿Y qué quiere decir eso; mi amo? me preguntó Tirabeque, que yo el latin de esta tierra no lo entiendo muy bien.—Quiere decir, que el deseo de casarse hizo á este tal *Quintin Metsys* de simple herrero que era, un Apeles; esto es, un insigne pintor.—En efecto, añadió el guia; *Quintin Metsys* amaba una hermosa joven; mas cuando la pidió en matrimonio, su padre le puso por condicion que para alcanzar la mano de su hija habia de reemplazar las tenazas con los pinceles. *Quintin* aceptó la condicion, abandonó el yunque, tomó la paleta, y habiéndose hecho un pintor sobresaliente, llegó á obtener la mano de su amada. En la plaza veremos despues un pozo cuyos ornamentos de hierro, trabajados á martillo y sin lima, fueron obra de *Quintin Metsys*; y dentro de la catedral veremos sus obras como pintor.—Hizo grandemente el señor *Quintin*: replicó Tirabeque; conoció que mientras fuera herrero todo lo que hiciera por casarse con la muchacha habia de ser machacar en hierro frio, y tomó otro rumbo.»

Entramos, pues, en aquel suntuoso y magnífico templo: nueve naves laterales de 230 arcos abovedados sostenidos por 125 columnas sirven como de cortejo á la anchurosa y vastísima nave principal. «En toda esta longitud, nos dijo Mr. Henri, habia 32 altares de mármol con ricos adornos y preciosas pinturas: contábanse 100 eandelabros y cuatro antealtares de plata maciza; todo

desapareció en tiempo de la revolucion por obra y gracia de Robespierre. ¿Veis el altar mayor, que es de mármol? Pues podeis comprarle si gustais, porque está de venta.—¿Cómo de venta? ¿Pues tan pobre está la catedral que necesita enagenar á precio de dinero sus altares?—Al contrario; se trata de sustituirle otro de mas valor. Reparad que es del gusto moderno, y no hace buen juego con los demas que son del estilo antiguo.

«Pero nada de esto reparéis: venid conmigo, y os enseñaré el *non plus ultra* de los cuadros de pintura de la escuela flamenca, la obra maestra del mas célebre de los artistas del país, el *Descendimiento* de Rubens.»

Dirigióse Mr. Henri hácia la sacristía, y á los dos minutos volvió acompañado de un capellan, que armado de una larguísima vara con punta de horquilla dió principio á abrir los postigos ó portezuelas del rey de los cuadros. No diré que el primer golpe de vista fuera el que me causara mas admiracion, nó: la admiracion iba creciendo gradualmente segun que le iba contemplando; y lo que me admiraba mas era que hubiese pintores en el mundo que hiciesen viages á Italia, y no los hicieran á Flandes.—¿Queréis saber, me dijo el capellan, la historia de este cuadro?—Con mucho gusto.

«Pues bien: Rubens estaba para volver segunda vez á Italia, cuando á instancias de los archiduques Alberto é Isabel determinó fijarse en Amberes, y comprar aqui una casa. Hecha la adquisicion, quiso hacerse un obrador á su gusto; pero habiéndose intrusado en terreno que pertenecia á la Sociedad del Juramento de los Arcabuceros, estos se quejaron á Rubens de la usurpacion, Rubens echó noramala á los arcabuceros, los arcabuceros le pusieron pleito, y viendo que éste llevaba trazas de encreparse, el burgomaestre de la ciudad que era al mismo tiempo gefe del Juramento y amigo de Rubens, discurrió un medio de transacion, proponiendo que Rubens por vida de indemnizacion del terreno usurpado hiciese á los arcabuceros un buen cuadro que representara algun pasaje de la vida de *San Cristóbal*, patron de los arcabuceros desde la invencion de la pólvora, no sé por qué. Convinieronse todos en ello. Pero Rubens no hallando en la historia de *San Cristóbal* un pasaje acomodado á sus ideas del momento, tomó ocasion de la etimología del santo, *Cristophoros* en griego, que quiere decir *el que lleva á Cristo*, y dijo para sí: «pues hagamos un *descendimiento*, y pongamos media docena de hombrones cargando con el Cristo, que serán otros tantos *portadores de Cristo*, y de consiguiente otros tantos *Cristobalones*, y en lugar de un *San Cristóbal*, daré seis á los arcabuceros, y no tendrán por qué quejarse.»

«Hízolo así. Pero los arcabuceros que vieron el cuadro, y que asientendian de etimologías griegas como de hacerse turcos, echaron de menos su *San Cristóbal*, y pusieron el grito en el cielo y nuevo pleito á Rubens. Las contestaciones volvieron á agriarse, porque el pintor tenía mal genio y los arcabuceros no sufrían chanzas pesadas; pero el burgomaestre, siempre conciliador, pudo reducir á Rubens á que pintara un verdadero *San Cristóbal*, aunque fuese en una de las portezuelas por la parte exterior, pues por la interior estaban todas pintadas y no cabía ya el santo por mucho que su estatura rebajar quisiera. Así lo ejecutó, dándose los arcabuceros por

contentos, y es ese que veis ahí. ¿Pero no notais la figura de un *buho* en el cuadro?—Así es la verdad.—Pues ese *buho* le introdujo el pintor por burleta y con alusión á la ignorancia de los arcabuceros, de lo cual ellos no se apercibieron.

«Aun os contaré (continuó el capellan) otra anécdota no menos curiosa acerca de este cuadro. Cuando Rubens estaba haciendo esta obra maestra, sucedió que un día en que habia salido de caza, sus discípulos consiguieron que el doméstico les permitiera entrar en el obrador de su maestro; y habiéndose puesto á retozar, uno de ellos empujado por los otros fué á caer sobre el cuadro, y borró el brazo de la Magdalena y la megilla y la barba de la Virgen recientes todavía del pincel de Rubens. La consternación fué grande, y cada uno trató de escapar: pero el doméstico, conociendo que la responsabilidad de la travesura habria de recaer sobre él: «alto aquí, señores, les dijo: de aquí nadie sale hasta que á la Magdalena se le restituya su brazo, y hasta que el rostro de la Virgen recobre su estado natural.» Los discípulos viéndose prisioneros de guerra capitularon como corderos. Se encomendó la obra al que entre ellos pasaba por el mas capaz, y el pobre muchacho, todo trémulo tomó la paleta y los pinceles de su maestro, y alentándole los compañeros trató de reparar el daño que habia

causado, y lo hizo con tal perfección que el mismo Rubens no se apercibió de la novedad; antes bien al día siguiente al continuar su obra se puso á contemplarla y dijo: «¡he aquí un rostro y un brazo que me salieron ayer muy bien!» El jóven á quien tocaba una parte de la satisfacción que Rubens se atribuía á sí mismo, era *Van Dyck*.—¡Digno discípulo, dije yo, de tan buen maestro! Pues algo de lo que él hizo, repuso Tirabeque, también yo lo hubiera hecho.—¿Qué, ¿te hubieras atrevido tú á restaurar la cara de la Virgen?—A restaurarla no señor, pero á borrarla sí.»

Nos llevó en seguida el capellan al otro lado de la nave, donde está la *Elevación de la Cruz*, otro cuadro de Rubens, que hace juego con el *Descendimiento*. Solo Rubens, el caprichoso y poderoso Rubens, pudo atreverse á concebir, cuanto mas á ejecutar una obra de aquella naturaleza, y solo él acaso pudo hacer aquella cabeza de hombre-Dios, aquel rostro del Cristo en que se lee la expresión del dolor mas magestuoso y de la resignación mas sublime que la imaginación mas embebida en las ideas de la divinidad humana se pudiera crear.

Después de estos dos cuadros es difícil hablar de tantas otras preciosidades artísticas como la catedral de Amberes encierra.

MODESTO LAFUENTE.

ESTUDIOS HISTORICOS.



COMEZ.

GLORIAS DE ESPAÑA.

GARCILASO DE LA VEGA.

I.

Por los años de 1503 vivía en la ciudad de Toledo un noble y honrado caballero, llamado Garcilaso de la

Vega, señor de Batre y gran comendador de Leon. Había seguido en su edad florida la carrera de las armas, sirviendo á los reyes católicos, á quienes representó como embajador en la corte de Roma; pero entonces, cargado de años y retirado del servicio militar, conservaba únicamente con todo el vigor de la juventud, aquel sentimiento exaltado de honor, nunca desmentido en su larga carrera. Disfrutaba el buen caballero las comodidades que sus bienes le proporcionaban, y las dul-

zuras de la vida doméstica en compañía de su esposa, doña Sancha de Guzman, dedicándose ambos consortes á proseguir con el mayor celo la educacion de su hijo, llamado Garcilaso, el que así como el nombre, debía heredar tambien las virtudes y el valor de su padre. El muchacho en efecto, ya les llenaba de noble orgullo, y los progresos que hacia en el estudio de las humanidades, ayudado de su inteligencia en los idiomas, le habian merecido elogios que sonaban con gusto á los oídos de los padres, pero que no satisfacian completamente al adusto veterano. Hubiera este querido mejor dar una tendencia militar á los estudios de su hijo y sentia infinito que ninguna inclinacion guerrera, ninguna idea de gloria bélica se manifestase en Garcilaso. El jóven no apetecia mas que la tranquilidad del estudio, la vida solitaria y la contemplacion de la naturaleza. Se ejercitaba es verdad, en el manejo de las armas, en la equitacion y otros ejercicios que en aquella época seria mengua ignorarse un hidalgo de buena familia; pero sin aficion marcada á ellos y sin vanidosa ostentacion por su pericia. Su pasion dominante era la poesia, su placer la soledad de la vida campestre, donde recibia y gozaba sus bellas inspiraciones en praderas cubiertas de flores, bajo un cielo puro y sereno. Dios le habia dotado con aquellas brillante facultades de inteligencia acompañadas de la esquisita sensibilidad que revela el poeta desde la infancia; pero estas facultades ni eran entonces conocidas ni apreciadas. El padre de nuestro jóven, aunque no destituido de criterio para apreciar las bellezas de la poesia, no la miraba sin embargo mas que como un mero pasatiempo, incapaz de proporcionar á su hijo la gloria y honor que á él le habian proporcionado las armas y la sangre que habia vertido por sus reyes. Entusiasta por la carrera militar que habia sido la ocupacion de toda su vida, nada glorioso y honorífico alcanzaba á ver fuera del horizonte de los campos de batalla. Así es que apenas tuvo paciencia para que Garcilaso cumpliera los quince años, cuando quiso ya lanzarle al mundo político, agitado entonces por la nueva guerra del Milanesado que emprendia el emperador. Aprovechando, pues, esta ocasion, llamó á su hijo para darle á entender su voluntad en estos términos:

—Hijo mio, aqui tienes un nombramiento de oficial con el que S. M. se ha servido agraciarte en recompensa de antiguos servicios míos. Vas á partir al campo de honor, á combatir por tu patria y tu rey en esa guerra de Italia, donde los peligros estimulan el entusiasmo y valor de los hombres, y donde no faltarán honores y riquezas que te recompensen de tus fatigas. Lejos de mí el prohibirte el cultivo de las bellas letras; pero hijo mio, la vena que llevo en mi pecho y este apellido de la Vega, timbre de nuestra familia, los gané yo peleando con los moros en la vega de Granada. ¡Que Dios te proteja hijo mio! En todo caso, sé fiel al emperador y acuerdate de tu apellido.

Partió el jóven con el beneplácito y la bendicion de su padre, que al fin conseguia introducirle en la carrera militar. Sin embargo, no era en esta en la que Garcilaso de la Vega habia de formar época en su siglo.

II.

Apenas Garcilaso se vió en los campos de batalla, cuando ya ostentó el ardimiento de su ilustre sangre. Su nombre quedó asociado al de muchas empresas memorables de la época. Se distinguió en la guerra del Milanesado, despues en la célebre jornada de Pavia mereció la cruz de Santiago, y por su valor é intrepidez ascendió rápidamente en su carrera. Acompañó al emperador en su expedicion á Tunez y con las heridas que recibió en ella, acrecentó con el grado de capitán su gloria bélica, sin desatender la literaria. Aquellas hala-

güenas ideas con tanta vehemencia consignadas en sus obras no solo embellecian la existencia de Garcilaso, sino que formaban las delicias de sus compañeros. Los versos del jóven capitán eran buscados y leídos con ansia, y hasta el mismo emperador gustaba de ellos, aumentándose con su lectura el buen concepto que tenia de Garcilaso y el afecto que le profesaba. Como disminuyó este afecto, y decayó de la gracia de tan opulento monarca, es punto sobre el que no hay datos seguros en que fijarse; pero es lo cierto que el César no solo miró con disgusto el empeño de Garcilaso en proteger exageradas pretensiones de un sobrino suyo, sino que llevó tambien muy á mal, que él mismo elevase sus miras á una señora cuyo enlace tenia de antemano dispuesto. Tachó de altivez el que un hidalguillo, que por lo pronto no tenia mas que lo ilustre de su sangre, se atreviese á una señora de tanto valimiento y se apresuró á favorecer su enlace con el otro pretendiente que convenia á sus miras políticas, para acabar de una vez con las esperanzas de Garcilaso. Comprendió este lo triste de su posicion y que la ausencia era único remedio á su desdicha, por lo que se agregó á las primeras tropas que habian de ponerse en marcha; pero ausentarse sin hablar un instante á la señora de sus pensamientos y decirle el último adios, era idea que lisonjaba demasiado su imaginacion para que pudiese renunciar á ella. Convenia sin embargo ejecutarlo de modo que no la espusiese ni diese que hacer á la malignidad de los ociosos y Garcilaso halló comodidad favorable en las fiestas con que Nápoles festejaba la llegada del César. En aquellos dias, animado cuadro presentaban las calles de la capital y los salones de los palacios, donde todo era lujo y ostentacion en danzas y sarao. En uno de ellos fué donde Garcilaso, para quien la fiesta no tenia atractivos y atendia solo á su objeto fijo, se halló frente á la señora de sus pensamientos, ya entonces convertida en grave duquesa.

—¡Garcilaso, vos aqui! exclamó ella sorprendida, que os obliga á esponeros con imprudencia?

Garcilaso, sofocando la emocion que experimentaba, contestó:

El placer de veros; el de obtener.....

—Deteneos; ved que ya soy esposa.....

—Demasiado lo sé, señora, pero mis intenciones son puras, y espero me perdonareis me presente á vos, cuando es por la última vez.

—¡La última!

—Si: no vengo á recordar tiempos mas felices, ni á pedirlos alivio á mis afanes, que por mi mal ya no tienen remedio. Vengo á deciros el último adios y á protestaros que vuestro nombre permanecerá siempre grabado en mi corazon, sin que recuerdos impuros le profanen. Ya no volvereis á verme!

—Nunca perderé yo esa esperanza.

—Mientras yo la conservaba he permanecido á vuestro lado; mas ahora parto á combatir, á buscar tal vez la muerte, á manifestar que el verdadero valor no consiste en lidiar en las batallas, sino en vencer las ocultas borrascas del corazon.

—Pues bien, partid. Tan noble conducta os merecerá toda mi estimacion y para premiarla... tomad, que la vista de este anillo, recuerde en vos tan generosos sentimientos.

Pasaba apenas la duquesa la sortija á el dedo de Garcilaso, cuando apareció el duque por la estremidad de la galeria en que ambos se encontraban. Ella le diviso al instante y exclamó sobresaltada:

—¡Cielos! mi esposo: por Dios que no me descubra.

—¡Oh! dijo Garcilaso, no pasará de aqui.

Todo esto fué dicho con rapidez y mientras la duquesa se retiraba por el fondo de la galeria, Garcilaso quiso entretener al duque con buenas razones, pero aquel

hombre cuyas sospechas se avivaban, le rechazó sin miramientos, con lo que dió pretexto para que Garcilaso se le opusiese formalmente. Esta escena no se verificó sin ruido ni escándalo, lo que unido á otros antecedentes aumentó la saña del emperador y valió á Garcilaso un destierro á los remotos confines del Danubio.

III.

Garcilaso que enviado por su padre al medio de los combates para que fuese un guerrero, supo no obstante seguir su vocacion y ser un poeta, mejor pudo dedicarse á su ocupacion favorita en el forzado descanso á que le condenaban. La espada nunca le habia hecho abandonar la pluma y manejándolas alternativamente, si la gloria que adquirió como militar no es escasa, incomparablemente mayor es la del literato. Parece que hallaba un desahogo, un consuelo, de las terribles imágenes y escenas sangrientas de la guerra, con el recuerdo de su pais natal, de la selva, de la montaña, del rio cristalino, en fin, de todos aquellos detalles de la infancia y encantos de la juventud, que tanta impresion nos dejan para toda la vida.

¡Cosa verdaderamente singular es la que se nota en las obras de Garcilaso y que revela la fuerza poderosa de la vocacion del poeta! Generalmente, á cada uno le gusta hablar de su profesion: los hombres suelen emplear en su lenguaje espresiones favoritas, que revelan sus íntimos pensamientos, y aun términos técnicos que descubren sus ocupaciones familiares. El pintor habla de colores, de pinceles y de paisajes, el hombre científico mezcla en sus discursos palabras especiales de la carrera que sigue y de la ciencia que profesa, y en los militares sobre todo, es característica la complacencia con que hablan de batallas y la profusion con que toman sus comparaciones de combates, de victorias y hechos de armas. Parece pues inconcebible que él mismo que solia precipitarse al frente de sus tropas sobre los enemigos, apenas se escuchaba el marcial sonido de las trompetas, fuese el mismo que ha escrito estos versos:

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
Por ti la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por ti la verde yerva, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.

La alianza entre las armas y las letras se ha verificado siempre en los genios inmortales de nuestra patria; pero en ninguno como en Garcilaso descubren menos las palabras, los gustos é inclinaciones y tienen menos relacion con las costumbres del escritor. Este amable poeta nos pinta á las hermosas ninfas del rio, labrando delicadas telas en palacios de cristal, á el ruiseñor dando amorosas quejas escondido entre las ramas y á él ganado triscando en fértiles y deleitosos campos. Ya nos describe la espesura y descanso de las florestas, las corrientes aguas, puras, cristalinas y los árboles que en ellas se reflejan, ó nos refiere con singular encanto *el dulce lamentar de dos pastores*.

Esta inclinacion de Garcilaso de la Vega á las imágenes tiernas de la poesia dimanaba sin duda del íntimo convencimiento de que en ella se cifraba su verdadera gloria y de que sabia manejar el idioma castellano cual convenia para espresar con mas acierto sus conceptos. Antes de Garcilaso, aunque ya existian la poesia castellana y poetas de crédito, las composiciones eran uniformes y de mal gusto; abundantes en locuciones y frases que ya han caducado. Garcilaso fué el primero á quien se le ocurrió, que la lengua castellana no era de

peor condicion que la del Lacio, immortalizada por el Dante y el Petrarca, proponiéndose demostrar que tambien nuestro idioma tenia su magestad y elegancia y que siendo por naturaleza espresivo, noble, grave y sentencioso, tenia ademas la flexibilidad, armonia y abundancia necesarias para todos los géneros de composicion. Emprendió animosamente la reforma y dió á la poesia dulzura y gracia, adoptando esas floridas y armoniosas frases, que haciendo desaparecer las de sus contemporáneos habian de conservar hasta nuestros dias la popularidad mas soberana. Solo comparando las producciones anteriores y posteriores á Garcilaso se puede comprender el eminente servicio que hizo el jóven poeta á la literatura española. Parece visible providencia del cielo esta perfeccion de nuestro language, en la época en que mas fama y consideracion se adquiria entre los estrangeros, porque en aquellos dias de glorioso recuerdo el idioma castellano no solo era ya el dominante en la peninsula, como tan superior á todos sus dialectos, sino que siguiendo los progresos de las armas españolas, se extendia á lo lejos en todos los paises que estas conquistaban.

Boscan, el amigo de su infancia, ayudó á Garcilaso en esta obra sublime; pero las composiciones del último se conciliaron desde luego la estimacion y respeto por los sentimientos, imágenes y espresiones tan adecuadas. Solo Garcilaso consiguió el eterno aprecio y la consideracion del mas clásico de los poetas, porque solo él con su singular talento y aplicacion, sacó á nuestra poesia de su infancia, y la hizo competir con la de las naciones célebres antiguas y modernas, alzándose por tanto con el renombre de *Petrarca español y principe de los poetas castellanos*.

IV.

La misma popularidad de Garcilaso y el tiempo transcurrido desde su aventura en Nápoles, le conquistaron de nuevo la gracia del emperador y el jóven capitán incorporado al fin al ejército, volvió á ocuparse no solo en sus versos, sino en aquellos celebrados hechos de armas de que era testigo y en los que muchas veces era el primero á dar ejemplos de heroismo. Esta intrepidez con que se presentaba en las primeras filas en momentos de peligro, fué la causa de su temprana muerte, y de que las armas arrebatasen á las letras el hombre que consagraba á engrandecerlas todo el tiempo que le permitian las primeras.

Al retirarse de Marsella el emperador Cárlos V, varios aldeanos franceses se encerraron en una fuerte torre, para hostilizar desde allí á las tropas imperiales. Creyendo que no suspenderian su marcha para desbaratar aquel obstáculo, esperaban hacer impunemente gran destrozo en los tercios españoles; pero estos no podian dejar sin castigo aquella temeridad con viros de insulto, pues solos cincuenta hombres eran los que se habian encerrado allí. Todos los capitanes y especialmente Garcilaso llevaban con impaciencia que no se escarmentase á aquellos villanos, por lo que el mismo emperador le escogió para acometer la empresa. Garcilaso invitó de los suyos á los que voluntariamente quisiesen acompañarle y en breve tuvo número mas que suficiente para asaltar la fortaleza, á la que apenas se aplicaron las escalas, cuando el animoso capitán se precipitó á una de ellas subiéndolo primero al asalto. Entonces cayó herido por una pedrada, lo que unido al golpe de la caída, hubo de dejarle por muerto y paralizar el ataque.

El sentimiento y la cólera del emperador al saber la desgracia de Garcilaso, le hicieron venir en persona al lugar del combate, cual si quisiera ver por última vez al esforzado militar.

—Envíe á la muerte, dijo, á un capitán de gran valia,

pero su muerte sera vengada. Soldados... ¡á el asalto!
Esta orden fue tan pronto intimada como cumplida, y los soldados, ardiendo en saña, tardaron poco en hacerse dueños de la torre.

—Cuántos enemigos quedaron? preguntó el emperador.

—Veinte y ocho, contestó el teniente de Garcilaso.

—Todos ellos no bastan á resarcir la pérdida que nos han causado.

—¿Se les pasa á cuchillo?

—No: una cuerda es bastante para esos villanos.

A consecuencia de esta severa orden dictada en momentos de cólera, todos los paisanos fueron ahorcados. Garcilaso con todo el esmero que su situación exigía, fué transportado á Niza; mas al entrar en la ciudad, un desmayo que de improviso le acometió hizo temblar por su vida á los que le conducían. Acogieron á un inmediato convento de religiosas donde al menos se proporcionasen al moribundo los auxilios espirituales. Algunas religiosas atraídas por la compasión y la curiosidad acudieron también al rededor de la camilla del herido. Garcilaso yacía sin movimiento, tendido sobre la angarilla y apesar de los crueles dolores que indudablemente le haría sufrir su herida, se manifestaba impasible. Su rostro cubierto de mortal palidez y sus ojos cerrados le daban la apariencia de un cadáver. De repente una religiosa de las que contemplaban la escena, lanza un penetrante grito, y bañada en lágrimas se precipita sobre la camilla del herido como si quisiera prodigarle algun

consuelo. Entreabrió Garcilaso sus ojos que se fijaron en la compasiva religiosa y un rayo de animación brilló en ellos, mientras que sus labios murmuraban palabras ininteligibles. Levantó lentamente su mano cual si quisiera tendérsela á la religiosa ó manifestarle una sortija que entre sus dedos brillaba, mientras que ella arrodillada junto á la camilla estrechaba entre las suyas aquella mano querida, la bañaba con sus lágrimas y se apoderaba de la prenda fatal. Fué preciso apartarla de allí casi desmayada y luego se supo que aquella señora se había retirado á el claustro, abandonando un enlace fatal con un hombre á quien en mal hora la uniera la razón de estado. En cuanto al joven capitán, murió pocos días después, con sentimiento de todo el ejército que le rindió los honores fúnebres que exigía su grado y circunstancias.

Garcilaso de la Vega murió joven, (á los treinta y tres años), pero ¿que es la brevedad de la vida cuando deja en pos de sí tan glorioso recuerdo? Murió segado en la flor de su edad, como aquellos bellos arbolitos cubiertos de ópimos frutos que troncha y abate la borrasca; pero no todo pereció en él. Aun nos queda su nombre que radiante de gloria honrará á la España, y esas poesías queridas, si bien cortas en número, todavía lo suficiente para servir de modelo y para ser conservadas con aprecio por las generaciones venideras.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

LA MONEDA DE CUATRO DUROS.

I.

Una tarde del mes de julio de 183.... á cosa de las cuatro, un joven como de veinte años salía del ministerio de la Gobernación, donde tenía el honor de estar empleado en clase de auxiliar. Bernardo Contreras, así llamaremos á nuestro héroe para ocultar su verdadero nombre, era por aquel tiempo lo que se llama un muchacho sin aprension: puntal y exacto á las horas del trabajo, y mas aun á las de cobrar la paga, con un carácter franco y un corazón generoso; sin ambición y sin pretensiones de ninguna especie, Bernardo carecía de todos los elementos necesarios para hacer fortuna, al menos que alguna hada bienhechora y desocupada no se entretuviese en derramar sobre él las perlas y los diamantes, cosa á la verdad poco probable en estos tiempos en que no hay ya hechiceras, y la lámpara de Aladín se perdió para no parecer mas, sino en los bailes fantásticos ó en las comedias de magia.—Por lo que hace á su figura, Contreras no puede decirse que fuese feo, pero tampoco se hacia notar por lo buen mozo; una fisonomía animada, moreno, buenos ojos, mediana estatura, cierta regularidad en las formas y alguna elegancia en sus modales, le colocaban en la categoría de lo que se llama vulgarmente un hombre *adocenado*. El día de que hablamos era el mas feliz de los mortales; al tiempo de tomar la mesada le habían dado veinte duros de gratificación en oro, por ciertos trabajos extraordinarios que tenía hechos hacia ya algunos meses, y que había olvidado completamente.

—¿Está vd. seguro, preguntó al pagador, de que estos reales son para mí?

—Sin duda: ¿no es vd. el señor de Contreras?

—El mismo; pero me choca tanto que sin pedir.... Nuestro jefe es muy amable!... mucho me temo un cambio de ministerio!...

Y sin replicar mas, Bernardo tomó su dinero y bajó la escalera, bailándole los ojos de alegría y echando cuentas sobre el empleo que conviniese dar á tanta fortuna. Todo lo que por el pronto le ocurrió, fué comer en la fonda y asistir aquella noche al teatro, para celebrar de un modo extraordinario tan fausto como inesperado acontecimiento. Cuando llegó por la calle de Tudescos á la esquina de la del Perro, divisó un especie de fantasma en figura de muger, corcobada, súcia y cubierta con un velo negro, alargando una mano que cubría un mugriento guante para implorar la caridad de los transeúntes, á fin de obtener una limosna.

—Pobre vieja, dijo para sí Bernardo, en tanto que á mí me vienen como llovidos del cielo veinte duros, que para nada me hacen falta, esta infeliz sufre el rigor del calor á semejantes horas en medio de la calle, y sabe Dios si se habrá desayunado, ni si podrá reunir entre todas las limosnas que le den, para comprar una libreta. No; no ha de ser así hoy por vida mía; tendrá una de las monedas de cuatro duros, que sin duda por error me han dado, y tendrá por consiguiente un día magnífico.

Entusiasmado con tan filantrópico proyecto, metió Contreras la mano en el bolsillo, sacó uno de los cinco doblones de oro, se acercó á la pobre, y poniéndoselo en la mano le dijo: Tome vd. hermana, remédiese y deje de pedir por hoy, que hace un sol capaz de derretir el caballo de bronce.»

Al mismo tiempo un alguacil llegó, y echando mano á la portafesera—Ah! bruja, gritó, ahora no te me escapas. A San Bernardino, que allí dan buen potage y cama. Sígueme, sígueme...» y la cogía del brazo y la llevaba á remolque.

Hubo un tiempo en efecto, en que en Madrid no se permitía pedir limosna por las calles, y se conducía á los mendigos al asilo de San Bernardino; el hospicio existe, pero tambien existen los pobres implorando la caridad de los transeúntes en las calles mas públicas, á todas horas del día y de la noche. Volvamos á nuestra historia.

Bernardo se interpuso, y obligando al alguacil á que soltase á la pobre—«Usted es un impertinente, le dijo, ¿quién le manda á vd. meterse en lo que no le importa, señor alguacil?»

—Yo nada tengo que hacer con vd., caballero, le replicó este, sino con quien desobedece las órdenes del señor Corregidor y á todo el mundo incomoda con sus clamoros. No es hoy la primera vez que á pesar de las amonestaciones encuentro á esta vieja pidiendo limosna, para gastar los cuartos que recoge en aguardiente y tabaco; la conozco bien y sé del pie de que cojea; vd. hace muy mal en meterse en negocios que nada le atañen, porque repito que nada tengo que hacer con vd.

—Pues yo con vd. sí, replicó Bernardo algo amostazado, y quisiera saber si su calidad de alguacil le dá facultades para insultar á una señora conocida mia.... y amiga de mi familia.

—Esta bruja amiga de vd.!... Por Dios que oye unas cosas.....

—Hable vd. con mas respeto, ó voy ahora mismo á dar una queja á quien corresponda.

—Yo hablaré como vd. guste, dijo el alguacil moderándose un poco, pero no me podrá vd. negar al menos que hace un momento que ha dado limosna á esta muger.

—Diga vd. á esta señora, para hablar como es debido, y en cuanto á haberla dado limosna es una suposición gratuita. El hecho es que acabo de encontrar á esta señora, y le he dado cuatro duros que le debía, porque me los prestó en otra ocasion; en la mano los tiene, y solo la cantidad hace ridículo el nombre de limosna con que vd. la ha bautizado. ¿Ha visto vd. dar muchas limosnas de cuatro duros á hombres de mi facha?

El argumento fué de una fuerza irresistible para el alguacil; la moneda de cuatro duros estaba en manos de la vieja; él la veía y no sabía que contestar. Bernardo conociendo que habia triunfado, terminó la disputa tomando del brazo á la pobre y diciéndole al alguacil:

—Quede vd. con Dios, amigo mio, y otra vez no se meta en asuntos de esta especie, que podrá salir mal parado.



El alguacil se marchó hablando entre dientes, y cuando lo perdieron de vista «Vaya, buena muger, dijo Bernardo á su compañera, ya no hay nada que temer de ese galopin; Dios la ayude y tenga esperanza de que mi doblon la dará fortuna; este pícaro mundo es así, un día blanco otro día tinto; el que hoy está rico mañana pide limosna; y el que ayer se comía los codos de hambre hoy anda en carretela. Buen ánimo y á regalarle ya que así lo ha decretado la suerte.»

En tanto que Bernardo ensartaba estas máximas filosóficas, la pordiosera lloraba y gemía, la cara cubierta siempre con el velo, y apoyada en un palo que le servía de báculo; entonces ocurrió á Contreras añadir á la moneda que le acababa de dar, medio duro en plata; ya fuese para indemnizarla del susto del alguacil, ó porque considerase que con esta añadidura la infeliz podría gozar el placer de conservar algunas horas mas la moneda en su poder. Puso, pues, el medio duro en la ma-

no de la pobre, y se despidió en seguida, sin oír las bendiciones y gracias que le daba la que tan generosamente había socorrido. Conforme á su plan, comió bien en la fonda, y después de dar un paseo por el Prado, se fué al teatro, y de allí á dormir tranquilamente, como quien no tiene ni penas que le inquieten ni cuidados que le aflijan.

II.

Ocho años después de la insignificante aventura que acabamos de referir, Bernardo habitaba todavía en un cuarto tercero de la Corredera de San Pablo, y seguía empleado en igual categoría y sueldo; solamente tenía ocho años mas y algunas pagas de menos sin gratificación de ninguna especie; es verdad que su carácter en nada había variado, siempre alegre, siempre generoso y compasivo, veía sin pena distante la fortuna y aumentar sus deudas con el sastre y la patrona, que se iban cansando ya de esperar en vano que mejorase de condicion y no cesaban de mortificarlo.

Un domingo del mes de mayo, con un tiempo hermoso, limpios la camisa y los bolsillos, vestido con su ropa mas decente y tranquilo como un filósofo, iba nuestro Bernardo por la calle de Carretas; cuando un magnífico landó con dos hermosos caballos y sus correspondientes criados se le paró delante, y una señora que iba en él le hizo seña para que se aproximase.

—¿A mí señora? preguntó Contreras.

—Sí, á vd.; á vd. caballero; no puede vd. imaginarse cuanto gusto tengo en encontrarlo, le replicó la dama.

A esto el lacayo se había bajado y tenía abierta la portezuela.

—Señora, continuó Bernardo, el gusto es mio y si puedo complacer á vd. en alguna cosa....

—Supongo que no tiene vd. mucho que hacer hoy.....

—Nada, señora, casualmente no hay oficina y hasta mañana á las diez....

—Perfectamente, hágame vd. el gusto de subir al coche, y al menos si no puede vd. dedicarme todo el día, tendré el gusto de conducirlo á donde quiera.

—Pero señora.....

—No admito ninguna excusa, ya vé vd. que voy sola, y negar la compañía á una dama es poco caballeroso.... es vd. mi prisionero, mal que le pese. Oh! yo estoy segura de que no tendrá motivo de quejarse de su carcelera.... le voy á llevar á vd. á mi posesion de Carabanchel donde comeremos con mi prima Soledad que por cierto está hecha un cielo de hermosura.... y me parece que no me equivoco en suponer que no le mira á vd. con malos ojos.

—Señora, replicó Bernardo, el placer solo de estar á su lado de vd. me decidiria, pero ...

Pero está vd. comprometido para ir á otra parte ¿no es eso?

—Comprometido precisamente no, mas...

—Pues entonces es vd. mio.

—Yo bien quisiera, pero....

—Nada nada, suba vd....

El lacayo al mismo tiempo le empujaba del brazo de manera que casi era imposible resistir, y Bernardo se decidió á colocarse al lado de la linda persona que sin conocerlo le convidaba tan amablemente á comer en Carabanchel. ¿Qué perdía en seguir una aventura que principiaba bajo tan buenos auspicios? Apenas dentro del carruaje los caballos partieron á galope.

Algunos momentos después la señora fijó en él la vista con atencion, y se puso encarnada como una amapola.

—Dios de bondad! exclamó, que es lo que he hecho

y que pensará vd. de mí! caballero.... ¿No es vd. el señor de Carranza.

—No señora, contestó Bernardo.

—No es vd. Carranza!... En mi vida he visto una semejanza igual. No se si me atreva á pedir á vd. perdon ni si mi ligereza puede disculparse, pero... Vamos si parece imposible!.... ¿De veras, no es vd. Carranza?

—De veras no lo soy, señora. Me llamo Bernardo Contreras, empleado en el ministerio en clase de auxiliar.

—Es cosa singular!... Mil veces le habrán equivocado á vd. con Carranza!...

—Es la primera vez que tengo esa fortuna, señora.

—Y como nuestro empleado no carecia de algun despejo y cierta costumbre del trato de sociedad, se felicitaba en su interior de una semejanza que por el pronto le habia proporcionado un rato de conversacion con una muger tan amable como bella; solo sentia ya no ser el verdadero Carranza, pero conformándose al fin con ser Contreras, después de algunas frases de galanteria alzó el brazo para tirar del cordon y que se detuviese el coche.

—¿Qué va vd. á hacer? preguntó la dama.

—A bajarme, si vd. no me manda otra cosa; puesto que no soy la persona que vd. imaginaba, no me creo con derecho á permanecer ni un momento mas á su lado, usurpando un puesto que no me pertenece.

—Eso no lo puedo yo consentir, caballero; quien ha sido tan galante no puede negarme el placer de enmendar en lo posible mi error. Verdad es que no tendré á comer en mi compañía á Carranza, pero el señor de Contreras me haria sospechar que le habia ofendido con mi conducta ligera, si no admitiese ahora la invitacion de acompañarme que á él personalmente le dirijo.

Es imposible resistir cuando se invita con tanta gracia, y Bernardo que se hallaba muy bien en el puesto que ocupaba, aceptó sin hacerse mas de rogar. El coche habia salido ya por la puerta de Toledo, y cuando tomaron el camino de Carabanchel se arriesgó á hacer una pregunta muy natural.

—Mi buena fortuna, dijo, me ha colocado en una posicion tan singular que espero no parecer indiscreto si me atrevo á preguntar....

—¿El qué?

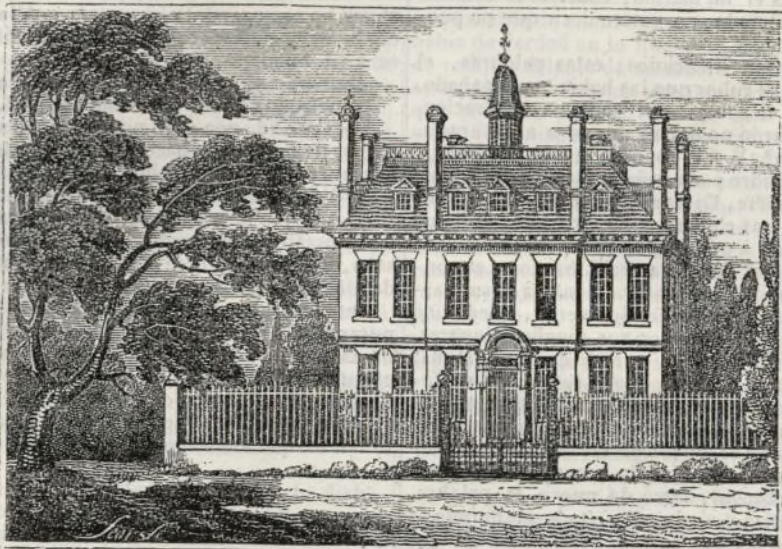
—El nombre de la persona á quien tantas bondades debo.

—¿Qué dice vd. de bondades?.... Yo soy quien está obligada á dar á vd. las gracias por sus finas atenciones.... Soy la condesa de Sotoverde, caballero, y si alguna vez pudiera ser á vd. útil, mi mayor placer consistiria en complacerlo.

La condesa era muger de veinte y cinco á veinte y seis años á lo sumo, de ojos y pelo negro, facciones muy acabadas, bonito cuerpo y excelentes modales; solo se le notaba un poco de palidez en el rostro que la hacia mas interesante, y Bernardo creyó notar que sus ojos se fijaban en él con un aire de interés que tenia algo de extraordinario.

—Yo no soy presuntoso, decia para sí Contreras, pero esta condesa me mira de un modo que daria grandes esperanzas á otro menos tímido; es preciso que mi persona le haya producido un efecto admirable, ó que ame apasionadamente á ese dichoso Carranza á quien tengo el honor de parecerme.

Bien pronto llegaron á la posesion donde se hallaba reunida toda la tertulia de la condesa, y esta lo presentó á las damas como un antiguo amigo á quien habia encontrado inopinadamente. Entre las personas que la condesa nombró, Bernardo pudo distinguir á su prima Soledad; pero nada hablaron las dos de Carranza, circunstancia que dió no poco que pensar á nuestro buen empleado.



El día se pasó como un instante, y la condesa usó con Bernardo de tan delicadas atenciones, que este sin saber que pensar estaba ruborizado. Cuando todos se despidieron, la condesa que se quedaba á dormir en la posesion, mandó poner el coche para que condujese á Bernardo á Madrid.

—Espero caballero, le dijo al separarse, que vendrá vd. á verme con frecuencia.... mañana por ejemplo: yo mandaré á vd. mi coche, y si vd. es tan amable que quiere tener la bondad de recogerme en el almacén de Lodre unas piezas de música que tengo apartadas y que no he podido tomar hoy por estar cerrado, se lo agradeceré mucho. Adios, hasta mañana.

Bernardo cada vez mas admirado y confuso, entró en su casa con la cabeza aturdida y el corazón lleno de dulces presentimientos: ya hemos dicho que no era ningún lince, y aunque de agradable figura estaba muy lejos de ser lo que llaman un buen mozo: sin embargo la de Sotoverde le amaba, ó al menos así lo daba á entender el haberse valido de un pretexto para atraerlo á su lado, porque la equivocacion con Carranza evidentemente era una fábula. En toda la noche pudo dormir, y al día siguiente su primer cuidado fué informarse de si alguien conocia á la condesa. Nadie le daba razon; por último un compañero suyo, gefe de mesa, le llamó aparte y le dijo: «Yo tengo noticia de una condesa de ese título, muy jóven, muy rica y muy bella....

—Esa es, interrumpió Bernardo.

—Está viuda hace cuatro años; su marido el conde era muy viejo cuando se casó con ella, y al morir la dejó por heredera de todo el caudal. Ha tenido mil pretendientes, pero por ninguno se ha decidido; sin embargo, ahora parece que piensa en segundas nupcias.

—Se vuelve á casar! exclamó Bernardo. ¿Y con quien?

—Segun dicen con don Pedro, su gefe de vd. y el mio; yo me alegro, porque casándose deja el empleo y á mí me toca su ascenso.

Bernardo no quiso saber mas: don Pedro, de edad de treinta años apenas, rico, honrado y de talento, reunia cuantas cualidades pueden ser necesarias para agradar á una muger; por consiguiente no podia haber lugar á duda en la eleccion entre su gefe y él.

—Ya está visto, dijo para sí; la condesa antes de casarse ha querido tomar informes de don Pedro, y se

ha fijado en mí para que la instruya de sus cualidades y carácter.

Muy poco satisfecho Bernardo con la idea de representar semejante papel, estuvo á punto de dejar la música en casa de Lodre, y escribir á la condesa diciendo que un asunto importante le impedia ir á Carabanchel; pero un poco mas tranquilo reflexionó luego que este proceder era inconveniente supuesto que ningún derecho tenia sobre la condesa, ni en la conducta de esta por muy ligera que fuese en realidad, habia nada que autorizase las suposiciones gratuitas que él habia hecho. A las cinco de la tarde el coche estaba en su puerta; tomó la música del almacén y se dirigió á Carabanchel. La condesa se hallaba sola y recibió á Bernardo como se recibe á un hombre á quien se aguarda con impaciencia: tomó su brazo y se dirigieron por una calle de árboles; un criado les salió al encuentro para decirles que don Pedro acababa de llegar y deseaba ver á la señora.

—Dile que no estoy, Gregorio, contestó la condesa.

—Yo temo señora que ese caballero haya visto á V. S. por entre los árboles, añadió el criado.

—No importa; dile que no estoy.

El criado se retiró y ambos siguieron su paseo.

—¿No le parece á vd. estraña, dijo la condesa despues de un momento de silencio, esta visita de don Pedro á una hora tan intempestiva y sin haberle invitado?

—Es mal hecho, respondió Bernardo, pero cuando se ha visto á vd. una vez, el deseo de volverla á ver hace indiscretos.

La condesa miró á Bernardo sonriendo como para darle las gracias por este cumplido.

—Si nos ha visto, añadió, como dice Gregorio, se enfadará y tanto peor para él.... ¿Sabe vd. que don Pedro me hace la corte y anda diciendo á sus amigos que está perdido de amor por mí?

—Así me han dicho.

—¿Se lo han dicho á vd.? ¿y quien?

—¿Olvida vd. que estoy empleado en el ministerio y don Pedro tambien?

—Es verdad; no recordaba... Pues vea vd., con todo lo que dicen, yo le puedo asegurar que su gefe no será nunca mi marido.

—Segun eso, dijo Bernardo, no piensa vd. volverse á casar.

—El que no sea él mi marido, contestó la condesa poniéndose algo colorada, no quiere decir que no pueda serlo otro.

Los dos quedaron silenciosos; estas palabras, el sonido de la voz y el rubor que las había acompañado, parecía exigir que se contestasen con una declaración. Sin embargo Bernardo no tenía valor para aventurarla. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si la condesa no le amaba? ¿Y si despedía á don Pedro por cariño á otra persona que Bernardo no conociese, Carranza por ejemplo?... Entonces, ¿qué cosa mas ridícula é impertinente que una declaración de amor á una muger que apenas se conoce veinte y cuatro horas? Contreras bajó los ojos y se contuvo. Esta situacion le llevó naturalmente á examinarse á sí propio. ¿Amaba á la de Sotoverde, ó seducido tal vez por sus atenciones y por sus pingües riquezas, deseaba solo casarse con ella para hacer su fortuna? Esta era una cuestion delicada que él resolvió á su favor porque en efecto amaba á esta muger que apenas conocía, consistiendo su única pena en que fuese tan rica, porque no podía razonablemente esperar que quisiera nunca ser su esposa. Cuando la condesa se repuso un poco de su turbacion, tomó de nuevo la palabra.

—Porque soy rica y viuda, dijo, todo el mundo se cree con derecho á perseguirme; se les figura á los que me hacen el honor de gustar de mí, que por sola esta razon debo sacrificarles mi fortuna y mi libertad; y no ha de ser así por Dios; yo sola he de elegir mi marido, ya que tengo la dicha de hallarme en tan ventajosa posicion.

La tarde se pasó deliciosamente, y la misma condesa acompañó por la noche á Madrid á nuestro Bernardo, anunciándole que pensaba permanecer algunos dias en la corte.

Cuando fué Contreras al dia siguiente al ministerio, el gefe de mesa que le había informado de las pretensiones de don Pedro le llamó aparte.

—Todo se ha perdido; le dijo; mi asunto se lo llevó la trampa.

—¿Pues y eso? preguntó Bernardo.

—Don Pedro ya no se casa.

—De veras!

—Como vd. lo oye; la condesa no le quiso recibir ayer en su casa de campo; hoy le ha escrito él una carta y ella le ha contestado quitándole toda esperanza.

—¿Segun eso la condesa se casa con otro? dijo Bernardo.

—Eso es lo que á mí no me importa.

—Pues á mí sí....

A la tarde cuando llegó á su casa le dijo la patrona que había una señora esperándolo en su cuarto. Bernardo se llenó de rubor considerando quien podría ser y lo que pensaria de su habitacion, pobre como la de un estudiante. Entró y halló sentada en la única silla que había á la condesa.

—Estoy segura, le dijo esta, que si no vengo á buscar á vd. no le hubiera ocurrido ir á casa hoy.

Bernardo por toda respuesta se aproximó y la besó la mano.

—¿Qué es esto?... Cualquiera que viese á vd. diria que me amaba.

—Y diria la verdad, señora, pero tiemblo de confesarlo. ¿Qué pensará vd. de mí?

—Si he de creer, contestó la condesa riendo, á todos los que me conocen y aun á mi tocador mismo, diria que no tiene vd. muy mal gusto.

—No se trata de eso condesa: yo sé cuan bella es vd.... pero sé tambien que es inmensamente rica, en tanto que yo pobre y careciendo de todo, no puedo amar á vd., ó al menos decirlo, sin que se me acuse de cálculos odiosos que mi delicadeza y mi corazon rehusan.

—Yo hago á vd. justicia, Bernardo, y viendo su timidez he comprendido las causas que la motivan; por eso estoy aqui, por eso soy yo quien habla y quien ofrece á vd. mi mano, si la quiere aceptar.

Bernardo se arrojó á los pies de la condesa.

—Será un sueño, Dios mío! exclamó.

—¿Cree vd. que si yo no le amase, si no estuviese segura de que puede hacerme feliz, hubiera obrado de la manera que lo he hecho?

—Vd. me ama!....

Desde que he visto á vd. y aun antes de verlo; mis ojos buscaban á vd. por todas partes, solo en vd. pensaba, y si no le hubiese encontrado hubiera permanecido viuda eternamente.

Desde este momento no medió mas tiempo que el puramente preciso para los preparativos hasta el dia de la ceremonia nupcial. El lector habrá adivinado cuanto seria el gozo de nuestro héroe, y nosotros le hacemos gracia de su descripcion y de las reflexiones y cálculos á que daba lugar á Bernardo un acontecimiento tan inesperado como misterioso.

III.

Verificado el enlace y cuando los amigos y convidados habían desocupado la magnífica casa de la señora de Contreras y ambos esposos quedaron solos, Bernardo cogiendo cariñosamente la mano á la condesa la dijo:

—Ya eres mia: no es una ilusion ni un sueño; tu amor pródigo me ha dado mas riquezas de las que yo podia apetecer, y me prometo una dicha que no dudo ha de ser duradera; pero cuanto mas pienso en lo que acaba de pasar, menos comprendo esa precipitada resolucion que te ha hecho renunciar desde que me viste á todo por mí.... En el tiempo que te conozco, es decir hace ya cerca de un mes, te observo con el mayor cuidado; veo que eres una muger juiciosa, llena de prudencia y de talento, é incapaz por tanto de enamorarse de repente de uno que encuentras en la calle y casarse solo por satisfacer un amor inconsiderado.... ó tal vez un capricho.... si es permitida esta espresion. Hay en todo esto un misterio, un secreto tal vez....

—Que yo te voy á revelar, amigo mío, interrumpió la condesa; ese secreto es mi historia y ha llegado el momento de que la sepas. Ya has visto que nací en Córdoba y que soy hija de un comerciante de aquella ciudad llamado don Juan de Vargas, y de su esposa doña Maria de Olivares; mi padre era rico y me crió con lujo y con esmero, pero la fortuna de un comerciante está espuesta á mil contratiempos; apenas habia yo cumplido quince años, cuando la quiebra de uno de sus asociados por quien él había salido fiador en varias especulaciones de cuantia, le redujo á la miseria. Mi padre era hombre de bien y abandonó todo á sus acreedores; hasta la dote de mi madre, y salimos de Córdoba para venir á Madrid á tentar fortuna. Todas las puertas las hallamos cerradas, como acontece en tales casos; ni uno solo de los amigos de mi padre le tendieron una mano benéfica para auxiliarlo, y la miseria reemplazó á la opulencia. No era contra las privaciones contra quien teniamos que luchar, sino contra el hambre que nos devoraba. Ah! Dios nos libre al uno y al otro de dias tan terrible como los que entonces pasé. Dices que me has observado y que reconoces en mí juicio y prudencia; á esta época de mi vida debo esas cualidades. Entonces conocí el peligro que corre una jóven de quince años cuando es pobre, y adquirí el horror al vicio combatiendo la miseria. Mi madre que hasta entonces se había lisongeadado de establecerme bien; perdida toda esperanza de que nuestra suerte cambiase, fué la primera que sucumbió. Cayó enferma sin que yo pudiese hacer por ella otra cosa que velar noche y dia sobre el

lecho del dolor. Mi padre no hacia otra cosa que llorar su fortuna pasada, era uno de esos hombres buenos y hábiles en la prosperidad, pero que no saben combatir en la desgracia; tambien cayó enfermo de pesadumbre a su vez y me encontré sola entre dos agonizantes, sin auxilio, sin dinero, sin medicinas y sin poder llamar á un facultativo, porque á ninguno conocia en Madrid, y porque ni hubiese podido pagar sus visitas, ni tenia con que comprar los medicamentos que hubiese recetado.

—A tan horrible estremo te hallabas reducida!..... interrumpió Bernardo.

—Si, amigo mio, mas horrible aun de lo que imaginacion humana puede concebir. Hay trances en la vida, de que no es facil formarse una idea sin haberlos atravesado.

—Donde estaba yo, Dios mio! exclamó Bernardo conmovido, donde estaba que no pude volar en tu auxilio?

—No estabas muy lejos, dijo la condesa.

—Yo

—Si, tú: escucha atento. Me hallaba, como he dicho, sin recurso alguno, cuando una pobre muger que ocupaba una boardilla inmediata á la nuestra, entró un dia y me dijo: Hija mia, ¿porqué deja vd. morir así á estas pobres gentes sin socorro?—Buena muger, le contesté, no tenemos nada; ayer he vendido mi última ropa y carecemos de todo, hasta de luz con que alumbrarnos. —¿Pues qué no sabe vd. añadió, que hay en Madrid varias casas para los enfermos?... un hospital....

A estas palabras oí á mi padre y á mi madre estremecerse y yo misma me puse pálida como una difunta. Nos hablaba del último asilo del infortunio y por una preocupacion, hasta cierto punto disculpable en los que han vivido en la opulencia; mirábamos el hospital como la mayor de las desdichas, no obstante que de todo carecíamos. La vecina, muger de edad y que durante su miserable vida habia visitado varias veces este asilo de los indigentes, se indignó de que vacilásemos en seguir su consejo; elogió las camas del hospital, el talento de los médicos y la asistencia que se da á los enfermos; despues dirigiéndose á mi me preguntó si queria la muerte de los autores de mis dias, y me dijo que era

responsable de cuanto sucediese. Yo conociendo cuanto habia de verdad en lo que esta muger decia, me puse de rodillas delante de mi madre rogándole con aparente serenidad, no obstante que tenia traspasado el corazon, que aceptase el único partido que nos quedaba. Mi padre fué quien se decidió primero: «Vamos, dijo, hagamos el último sacrificio.» Por lo que toca á mi madre estaba inanimada é incapaz de manifestar su voluntad. Se avisó y mandaron las camillas. Yo seguí detras llorando este triste convoy. ¡Cuántas veces al verme atravesar las calles y paseos en mi suntuosa carretela, algunos me habrán envidiado, sin apercibirse del llanto que corria de mis ojos, con solo el recuerdo del dia en que las atravesé del modo que acabo de decir!.... ¿Por qué Dios, que en su alta bondad ha querido hacerme rica, dispuso que fuera tan tarde?....

Los dos esposos enjugaron simultaneamente las lágrimas que corrian por sus mejillas, y despues de algunos minutos de silencio; la condesa continuó:

—Para abreviar, amigo mio, y no entristecerse mas con detalles que traspasarían tu corazon generoso, diré que mis padres murieron en el hospital y me encontré sola en el mundo, sin amparo, sin asilo, desnuda y sin pan. En vano traté de luchar contra el hambre que me consumia; en vano quise buscar aun donde servir; á nadie tenia á quien dirigirme y por otra parte mi educacion me hacia inútil para los trabajos domésticos. No quedándome otro arbitrio, me resolví á implorar la caridad pública para satisfacer al menos la urgente necesidad del momento. Cubierta de un velo, llena de andrajos y apoyada en un palo, para parecer vieja, á fin de evitar todo atentado contra mi honor, tapada la mano con un mugriento guante, dejé mi boardilla y me fuí á colocar en la esquina de la calle mas inmediata, que despues he sabido se llama la del Perro....

—Tú!... exclamó fuera de sí Bernardo recordando de pronto la escena conque hemos dado principio á esta historia... Es decir que tú fuistes la....

—La que socorríste tan generosamente una tarde, y libráste de las garras de un alguacil que la quería llevar á San Bernardino.

—Ah! bien me acuerdo; hace ocho ó nueve años...

—Desde aquel momento mi suerte cambió. Cuán-



llegué á casa me aguardaba una amiga de la infancia compañera de colegio, que habia casado con un caballero muy rico, y enterada casualmente de mi triste estado voló á mi socorro. Me llevó á su casa y no volví ya á carecer de lo necesario. Entre los amigos de su marido, se notaba el conde de Sotoverde, hombre compasivo que cuadruplicaba mi edad, y que enterado de mi historia me tomó tal cariño que quiso darme su mano por tener un pretexto honroso para nombrarme su única heredera como lo hizo, pues no tenia ningun pariente inmediato. Bien sabes lo poco que duró mi union con el conde; hace mis de tres años que me encuentro rica y libre y desde entonces un solo pensamiento me ha ocupado dia y noche: el de partir mi fortuna con el hombre bienhechor que sin conocerme me socorrió y defendió tan generosamente. Tus facciones no se habian borrado de mi memoria y cuando te encontré por primera vez en la calle de Carretas, resolví no volverte á perder de vista. Mi temor durante mis pesquisas era no hallarte, ó si te

hallaba algun dia que no estuvieses libre para poderte ofrecer mi mano, ó no pareciste bastante bien para que tú la quisieses aceptar.... Por fortuna no ha sido así, y el cielo apiadado sin duda de lo mucho que sufrí en poco tiempo, ha querido concederme todos los gustos completos. Esta es mi historia, y este el secreto de una preferencia y un proceder que con tanta razon te ha sorprendido. Te he hecho conocer mis riquezas, te he enseñado mis diamantes y mis joyas, pero aun no has visto una alhaja que tenia reservada para que vieses en estemomento.

Diciendo esto se quitó del cuello una cadena de oro de la que pendia un rico medallon, el cual contenia una moneda de cuatro duros que presentó á su marido. Bernardo entonces abrazándola le dijo: Este medallon será un legado que dejaremos á nuestros hijos despues de haber grabado en él estas palabras:

Haz bien sin saber á quien.

M...

ESTUDIOS LITERARIOS.

A LA MEMORIA DE MI ADORADA MADRE.

De una madre idolatrada
solo el cielo me ha dejado
ese retrato, guardado
con orgullo y con amor.

Imágen fiel de consuelo,
al mirarte conmovida
soy mas feliz en la vida
y se calma mi dolor.

Si elevo hácia tí mis ojos
clavándolos fijamente,
recibe entonces la mente
ideas, é inspiracion.

Y es que recuerdo gustosa
tu amabilidad y encanto
y aunque vierto amargo llanto
alivia mi corazon.

Cuando algun pesar me acosa
si te coloco en mi seno
le siento de placer lleno
agitarse de emocion.

Y si el tormento del alma
escitar hace mi lloro,
beso tu imágen que adoro
y se calma mi afliccion.

No es extraño, pues á veces
hasta el sufrir nos dá gusto,
y cuando te miro es justo
sienta alegría y dolor.

Tu serás siempre mi orgullo,
en tí cifraré mi dicha,
ya que la fatal desdicha
me ha privado de su amor.

II.

Dime, madre de mi alma:
¿yá que la vida me diste
cómo entonces no me hiciste
parecida en todo á tí?

Si no heredé tu figura
ni tus bellas cualidades,
¿por qué al menos tus bondades
no han de resaltar en mí?

¿Por qué no tengo talento
ya que corazon me sobra,
para calmar la zozobra
del padre que el ser me dió?

¿Por qué siempre que le miro
trabajar con gran desvelo,
no puedo darle consuelo,
ni ser su descanso yo?

A su preciosa existencia
vá mi dicha siempre unida,
si él es feliz en la vida
Paulina feliz será:

Mas si acaso algun tormento
turbase de ella la calma,
todo el mal que sufra su alma,
la mia lo sufrirá.

¿Qué es una huérfana jóven
sin una madre querida?
Es una nave perdida
siempre espuesta á naufragar.

Es una planta tan débil
que el menor viento la agita,
y aunque sus iras evita
al fin se la vé tronchar.

Mas yó que en mis tiernos años
te perdí madre adorada,
no soy hija desgraciada
pues aun me queda otro amor.

El del autor de mis dias
en quien mi esperanza fundo;
él es mi apoyo en el mundo,
y mi único protector.

III.

En el campo silencioso
donde tu cuerpo reposa
bajo aquella fria losa
que tus cenizas guardó.

Te he pedido cuando niña
protegieses mi inocencia,
ahora te pido esperiencia,
pues tu apoyo me faltó.

Bien lo sabes madre amada,
en aquel sitio sagrado
varias veces he jurado
ser hija digna de tí.

Y pienso que si tu acoges
los votos que formó el alma,
pronto cobraré la calma
que al faltarme tú perdí.

Dirige pues mis acciones,
sé tú mi amparo, mi guía,
inspirame madre mía
tus virtudes sin igual.

Haz que queden en mi alma
eternamente esculpidas,
y antes pierda yo cien vidas
que ser hija desleal.

Madrid 25 de enero de 1844

PAULINA CABRERO Y MARTINEZ.

A la Señorita

DOÑA ENRIQUETA CABRERO

Y MARTINEZ.

Recuerdo en sus días.

El tiempo otro año arrebató á tu vida,
pura y bella Enriqueta!
Mas si hoy disfrutas de tu edad florida,
muy pronto, ay Dios! la llorarás perdida,
que el tiempo nada en su furor respeta!

Las horas van volando
cual nubes presurosas y ligeras,
los recuerdos llevando
de nuestras ilusiones lisonjeras.

Solo, mi tierna amiga bondadosa,
memoria guardarán tus pensamientos
de tus amargos días,
de tus pesares y hondos sufrimientos,
mas nunca de tus dulces alegrías!

Parece que del alma enamorada
alguna mano oculta y envidiosa
vá borrando la imagen adorada,
que allí dejó grabada
del corazón la sangre generosa:
pues cuando al fin transcurren largos años
y al tiempo que pasó volver queremos
los contristados ojos,
horribles desengaños
es el único fruto que cogemos
del mundo entre los ásperos abrojos!

Así querida amiga,
compañera inocente de mi infancia,

pues el mundo tan poco nos obliga
desdénamos su pompa y su inconstancia.

Tú eres hermosa; con lisonjas bellas
arrullará mentido tus pasiones;

y ay! las adulaciones
dejan en nuestros pobres corazones
hondas y acaso inalterables huellas!

Tú eres sensible: brindará á tus ojos
triumfos deslumbradores,

y almas apasionadas, que en despojos
se ofrecerán sin duda á tus amores!

Tú eres en fin discreta,
y con mil delicados pensamientos
procurará ganarte el alburio,
y entonces es difícil, Enriqueta,
no rendirte á tus tiernos sentimientos
cediendo al mundo y á su aplauso impio!
Por eso necesitas

vestir tu corazón de doble escudo
en que se estrelle la lisonja vana,
pensando siempre en que el naufragio evitas
si del mundano mar al golpe rudo
resistes con modestia y fé cristiana!

Qué valen los aplausos de la gente,
ni sus mentidas glorias?

O en la vida un lugar mas eminente,
ó un recuerdo famoso en las historias?

Pero ay! el corazón de las mugeres,
aunque goze en los triunfos del talento
y en los fugaces lúbricos placeres
su triunfo y su placer son de un momento!

Tan delicados seres
prefieren á las palmas
con que les brinda el porvenir brillante,
la corona de amor con que las almas
ciñe y enlaza una pasión constante.

La muger ha nacido
para vivir honesta entre los brazos
del cariñoso padre,
ó junto al casto lecho del marido
estrechando á los hijos, que pedazos
son de la entraña de su tierna madre.
La muger es en fin la que derrama
por el hogar tranquilo
la paz y el blando amor que arde en su pecho:
la que con sus virtudes embalsama,
hasta el ambiente de su pobre asilo:
ángel custodio del paterno techo!

El estudio, la gloria y sus delicias,
qué son junto al amor y sus caricias;
quizas comprendes bien mi pensamiento,
son humo, vanidad, locura, viento!
Y así, Enriqueta, amable compañera
de mi inocente juventud primera,
reverencia á las bellas con talento,
mas no envidies sus mil adoraciones:
pregunta tú á sus pobres corazones
si el aplauso asegura su contento!

No te lo afirmarán, yo te lo fio,
que la muger para el amor formada
aunque busque la gloria entusiasmada
todo sin el amor la es un vacío.

Pues bien, para gozar de su ternura
es mas quieta y mejor la vida oscura,
y tanto cual vivir en los anales
como muger de inspiración sublime
vale, y aun mas, vivir en la memoria
del infeliz que gime
bendiciendo á la Diosa de sus males.

Y es tan sabrosa historia
cual la que escriba con profunda ciencia
la muger con trabajos mil prolijos,
la que una madre docta en experiencia
de su virtud dejándoles la herencia,
escribe sobre el alma de sus hijos.
Pueden ambos extremos conciliarse,
que ejemplos hay de esta verdad hoy día;
pero fácil sería,
entre tantos objetos ofuscar; sigue tú mi consejo, amiga mía,
no te entristezcas por tu vida oscura,
porque la dicha en ella es mas segura,
y es espuesto, Enriqueta, de aquel modo
que falte en algo quien atiende á todo.

Si acaso tú prefieres
guardar doncella de tu padre el lado
también encontrarás santos placeres
que hagan dichoso tu modesto estado.

También hay dulces cándidos amores
que resisten del tiempo las mudanzas.
Ama al Señor; verás, ay! como alcanzas
que no mueran en flor tus esperanzas,
recogiendo sus frutos bienhechores.

Así tranquila en el hogar dichoso,
adorada de un padre y muy querida
de pocos sí, pero de amigos fieles,
como un sueño feliz y presuroso
se pasará tu vida
sin recuerdos traidores y crueles.

Y así al cerrar los ojos peregrinos
para abrirlos de Dios en la morada,
uniéndote á los ángeles divinos
de quien eres hermana desterrada
podrás decir; «Oh! virgen, madre mía,
jamás la vanidad cegó mis ojos,
al mundo di lo que él se merecía,
de un cadáver los miseros despojos.
A ti sola, mi gloria y mi alegría,
amó mi corazón; dame la palma
que ciñe de las vírgenes la frente,
pues te guardé inocente
para tu amor todo el amor de mi alma!»

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



EL CAPITAN COOK.

Nació Santiago Cook en un pueblecillo llamado Marton, del condado de York en el año de 1728, y no parece sino que la providencia le hizo pertenecer á una de esas clases condenadas por la suerte á la pobreza y á la ignorancia, para que brillase con mas fulgidos colores la antorcha de su elevado genio. Era uno de los nueve hijos que tuvo un honrado hortelano que servia á un propietario acaudalado del pueblo, el que mas tarde le encargó de sus haciendas y fué su protector primero. Interesándose Sir Tomas Shottw, que tal era su nombre, por aquella familia pobre y numerosa que le recomendaba la excelente conducta de toda ella, mandó á Santiago á su costa á la escuela de Aiton, donde aprendió á leer y á escribir. Esto constituyó principalmente el todo de su educacion, fué su única instruccion, y esta le bastó para procurarse á sí mismo la que debia encumbrarle. La vecindad de Newcastle, pueblo cercano de el en que se hallaba aprendiendo, despertó su instinto marino, y comenzó desde luego su carrera, primero como grumete, despues como marinero, y mas tarde como patron de barco de los buques mercantes.

Cuando la guerra de Inglaterra con Francia, se alistó de simple marinero en el buque de guerra que montaba el almirante sir Hugh Palliser. Tenia entonces treinta años, y á esta edad fué cuando conociendo sus facultades se distinguió, y empezó á elevarse rápida-

mente sintiendo el desarrollo de su ambicion persuadido ya de su capacidad. Así que, bien pronto se aburrió de servir en la marina real, y haciéndose notar por su bravura y por su inteligencia, mereció el apoyo y consideracion del almirante.

Promovido á contramaestre, le encargaron en la expedicion del Canadá de sondear el canal que se halla al norte de la isla de Orleans. Cook levantó el plano con una inteligencia rara, y fué sin duda alguna el verdadero principio de su fortuna y de su reputacion. Le valió este ensayo que le confiasen la ejecucion del plano que determinase el curso de la corriente del rio San Lorenzo, y desempeñó este trabajo con tanta exactitud, que es el único documento que acerca de este punto consultan aun los navegantes. En este tiempo fué cuando en medio de los trabajos y dificultades de su vida marítima, se entregó él solo, con una asiduidad admirable al estudio de la geometria y de la astronomia, y cuando consiguió adquirir los profundos conocimientos de que nos ha dejado pruebas tan irrecusables que le han inmortalizado. Pero aun tenia que vencer muchos obstáculos, y que prestar muy penosos servicios, para alcanzar los timbres de esperiencia y alta capacidad que adquirió, y que le designaron á su gobierno como el navegante mas á propósito para dirigir con éxito feliz las tres expediciones científicas, que sucesivamente y en el espacio de ocho años le fueron confiadas.

Despues de las audaces tentativas del portugués Cortereal, de los holandeses Hartigs y Janssen-Tasman, de los españoles Mendana, Torres y Quirós y de los in-

gleseas Dampier, Davis, Hudson y Baffin ocupaban las investigaciones de la ciencia aplicada á la navegacion, y el genio de los descubridores, la solucion de dos grandes problemas importantes; la existencia de un continente austral el uno, y de si debia existir un camino mas corto para la India por el Nordeste ó el Noroeste de la América.—Otros navegantes célebres tambien, habian ya dado razon de un descubrimiento hecho en las costas de la Australia ó Nueva-Holanda con la tierra de Van-Diemen. En el grande Oceano las islas de Salomon, de Santa Cruz, el archipiélago del Espíritu Santo, la isla Sagitaria (Otaiti) habian visto ondear por largo tiempo el glorioso pabellon de Mendana y de Quirós, pero restaba verificar estos primeros resultados, completarlos y confirmar irrevocablemente y con la mas grande estension posible, las noticias hasta alli adquiridas.

Ya habian transcurrido los dos tercios del último siglo pasado, cuando una viva emulacion se despertó por los descubrimientos, en el animo de los franceses y los ingleses, y tambien para la solucion de estas grandes cuestiones. Tambien Byron, Wallis, Carteret, Surville y Bugainville, habian ya recorrido los archipiélagos y hallado una gran parte de las tierras visitadas por los antiguos navegantes, determinando á su vuelta la posicion de otras nuevas, cuando partió Cook á últimos de mayo de 1768 á bordo del *Endeavour* que mandaba como teniente de navio. La observacion del paso del planeta Venus sobre el disco del Sol, constituia precisamente el objeto de la expedicion, sin que nada se hubiese economizado de lo que pudiera convenir al interés de las ciencias, embarcandose con Cook el doctor Solander y José Banks, hombres muy conocidos por su talento y estudios, llevando consigo instrucciones precisas y terminantes, y cuantas noticias habia podido adquirirse la Sociedad real de Londres y las que habia suministrado Alejandro Dalrymple, geógrafo y viagero célebre. En las islas de Otaiti, en la famosa Sagitaria de Quirós, en la del rey Jorge III de Vallis, y en la Nueva-Citara de Bugainville, fué donde por espacio de tres meses permanecieron en 1769 observando el tránsito de Venus. Los resultados de esta primera expedicion, fueron entre otros el completo reconocimiento de la Nueva-Holanda, asi tambien como el descubrimiento del canal que la divide en dos islas, canal que los ingleses han dado el nombre de estrecho de Cook; segundo, del estrecho que separa la Nueva-Holanda de la tierra de Van-Diemen y tercero de la esploracion de la costa oriental del primero de estos dos paises, llamado por él, Nueva-Galles del Sur, lugar en la actualidad de una colonia cuyos sorprendentes progresos no han podido detener los mas grandes obstáculos. En esta parte de su expedicion el hábil navegante, pudo solo superar los grandes peligros que corria viajando por medio de arrecifes y de escollos, á fuerza de prudencia y vigilancia, y ahugereado el casco de su buque por la punta de una roca, consiguió evitar un naufragio cierto, con el auxilio de esta misma punta quedada en la brecha que habia abierto. La segunda expedicion de Cook la hizo á bordo del buque *Resolucion* de que era ya comandante, y se dió á la vela el 13 de julio de 1772, llevando por segundo al capitán Jurneaux, comandante del *Aventurero*.

Cook en el espacio de tres años que duró esta expedicion, terminada el 3 de julio de 1775, recorrió los mares del grande Oceano, tan pronto avanzando por medio de montañas de hielo muchas veces sin salida probable, marchando cuanto le era posible hacia el polo Sur, como dirigiéndose á los trópicos, y á visitar las islas de la Nueva-Zelanda, de la Sociedad, de los Amigos y de Sandwich. La seguridad aparente de que no existia otro continente austral que el de la Nueva-Holanda, el reconocimiento del archipiélago del Espíritu Santo, descubierto por

Quirós á principios del siglo XVII y el descubrimiento en su costa oriental de la Nueva-Caledonia, fueron todos los resultados de este segundo viaje.

El acierto y buen éxito de las expediciones verificadas por el célebre capitán, le habian conquistado ya en el mundo la inmortalidad de su nombre, pero se trataba de la solucion de un segundo é importante problema que ocupaba hacia mucho tiempo los ánimos y la investigacion de los sabios; y no debia ser sin duda Cook el que permaneciese pasivo en cuestiones que tanta pericia é inteligencia habia desplegado. Se trataba de intentar la entrada en el mar del Sur por la bahia de Hudson, y el paso por el Noroeste entre la América y el Asia. Lord Sandwich, entonces gefe del almirantazgo lo deseaba con ansia y consultó á Cook sin atreverse á proponerle la empresa, considerando sus grandes fatigas; mas interpellado sobre la eleccion de un comandante hábil, sintió el gran navegante despertarse su genio y contestó al deseo que se le temia espresar, designándose á sí mismo.

Ocurrió su partida el 12 de julio de 1776 montando su buque la *Resolucion* y acompañado del capitán Clarke. En este viaje que el destino habia determinado fuese el último que hiciera, desplegó el entendido marino la perseverancia y la capacidad que le habian granjeado su justa reputacion. Llegado entre los 57 y 59 grados de latitud norte no encontró donde se creia que la hubiese la pretendida comunicacion con la bahia de Hudson, y no descubrió mas que tierras por todas partes; á los 70° y 44' de latitud norte se vió interceptado por los hielos, y solo á fuerza de prudencia pudo vencer las dificultades de la mas peligrosa de las navegaciones, viéndose precisado á regresar sobre la costa de Asia, despues de sondear entre los dos continentes todos los tránsitos aparentes. Puramente negativos puede decirse que fueron los resultados de esta expedicion, consiguiendo solamente descubrir la parte septentrional de las islas Sandwich y la estensa bahia de William, asi como tambien un canal cerrado por un estrecho y de cincuenta leguas de longitud, en el punto que podia esperarse la comunicacion con la bahia de Hudson.

En una de estas islas, descubiertas últimamente, en la de Owihíe, una de las pertenecientes á las de Sandwich, en la bahia occidental de Harakacoua, era donde debia de terminar su brillante carrera, y de una manera deplorable, el ilustre marino. Pasaban de largo sus buques, cuando un imprevisto accidente que era indispensable reparar, inutilizó el palo de mesana de la *Resolucion*, obligando á Cook á refugiarse en esta funesta bahia. La extraordinaria aficion de los salvajes insulares á la rapiña, escitó pendencias reprimidas hasta entonces, por la prudencia y firmeza del capitán; mas esta vez, los naturales mostraron en sus reiterados latrocinios una audacia tal, que irritaron altamente con su temeridad á los ingleses. Demasiado confiado Cook con el respeto que habia conseguido de aquellos habitantes, á los que habia aterrado muchas veces apoderándose de su gefe, quiso emplear el mismo medio, y desentendiéndose por la primera vez de su prudencia habitual, se aventuró él mismo á bajar á tierra, escoltado solamente de nueve hombres. Opusieron los naturales al embarque de su rey, y se hacia ya indispensable ceder ó emplear la violencia; decidióse Cook por lo primero, mas la muerte que un inglés dió á un salvaje, fué la señal para encender el furor en aquella multitud exasperada.

En tal estado, acometieron á los nueve compañeros de Cook, que hicieron una descarga de mosqueteria, pero esto escitó mas la rabia de los naturales que se precipitaron sobre este puñado de hombres, aunque respetando sin embargo á su intrépido gefe, mientras que les hacia cara; mas en el mismo instante en que Cook se volvia para dar órdenes, se lanzaron aquellos furiosos sobre él,

é hiriéndole por la espalda, cayó al suelo su cuerpo, y le hicieron pedazos, disputándose con encarnizamiento la posesion de cada uno de ellos.

Así pereció miserablemente el 13 de febrero de 1778 el mas ilustre de los navegantes de nuestros dias. Muchos testimonios recibió durante su existencia del aprecio público y de los mas científicos y mas grandes hombres del mundo, no siendo sin duda de los menores el que le dispensó un príncipe que en esta época de guerra con la Inglaterra, espidió órdenes para que se respetara y tambien para que se protegiesen los buques del capitán inglés, s-grados á los ojos del rey, como navegante en provecho de la humanidad y de las ciencias.

Tambien obtuvo de su nacion y de su gobierno, las mas inequívocas pruebas de estimacion, y las recompensas debidas á sus raras cualidades, á sus eminentes servicios y á su elevado genio. Nombrado teniente de navio despues de su primer viage, fué despues á la vuelta del segundo, promovido al grado de capitán, concediéndole al mismo tiempo un empleo en la administracion del célebre hospicio de marinos bretones de Greenwich; fué elegido por unanimidad miembro de la Sociedad real de ciencias, y distinguido con el mas digno premio á que podia aspirar un hombre como él, del que por fundacion de Godofredo Copley, debia concederse al que hubiera empleado con mejor éxito los medios mas eficaces para conservar la salud de los hombres.

En efecto, ningún navegante antes que Cook se habia desvelado mas, ni tomado tantas medidas para conservar el buen estado sanitario de sus tripulaciones; en los

tres años que duró su segundo viage, no habia perdido mas que un solo marinero, y él mismo enseñado por la experiencia de los padecimientos que habia sufrido, procuraba preservar á sus subordinados de ellos, porque era de carácter dulce y humano, aunque vivo é irritable. Ordenaba á su tripulacion la reserva y la moderacion con los naturales de los países que visitaba, y mas de una vez castigó la violencia de sus marineros, escitando por los excesos de los insulares; su alma era tan fuerte como su cuerpo endurecido con las fatigas y las privaciones, una rara perspicacia, un golpe de vista siempre pronto y exacto, audacia de concepcion, prudencia en el ejecutar, perseverancia infatigable para luchar con los obstáculos y los peligros, valor sereno é inalterable, sangre fria en las ocasiones críticas, eran cualidades que poseia en el mas alto grado, como todos los grandes hombres. Dotado de un instinto superior, ha demostrado en las relaciones de su segundo viage, escrito por él mismo, hasta que punto reunia las cualidades y el talento de escritor escelente; siempre natural, siempre exacto y conciso, instruye é interesa, al paso que deleita.

Sus compatriotas que llorarán eternamente la catástrofe que puso término á los dias de este célebre marino, trataron de recobrar sus despojos mortales, dignos de elevarse á la posteridad conservados en algun monumento que recordase su esforzado anhelo por el lustre de las ciencias, y el provecho de los hombres, pero solo encontraron al pie de la misma roca que le vió sucumbir, algunos de sus huesos que fueron religiosamente trasladados á Inglaterra.

UN EMBAJADOR ESPAÑOL

EN LA CORTE DE INGLATERRA.

En el año de 1623 era embajador de España en la corte de Inglaterra don Carlos Coloma, aquel célebre varón tan distinguido por la parte que tomó en las guerras de Flandes como por la elegancia con que escribió la relacion de aque los memorables sucesos. El conde de Gondomar, su i usire antecesor, era uno de los diplomáticos mas notables de aquel tiempo, y como tal, en obsequio de su patria y de su soberano, concibió un proyecto que ofrecia muy ventajosos resultados. Era este, estrechar, por medio de una alianza, las relaciones entre España é Inglaterra, asegurando así, y extendiendo las raices del Catolicismo; plan vasto que la mano de la Providencia no quiso proteger.

A pesar de las opiniones, populares entonces en Inglaterra, la familia real reinante tenia visibles tendencias á estrechar su amistad con la corte romana. El conde embajador de España, sabedor de este designio, intentó sacar de él provecho para su patria. Negoció, con este fin, un enlace entre el príncipe de Gales y la infanta de España doña María, hermana de Felipe IV y logró que su pensamiento fuese bien acogido por ambas familias soberanas.

Era, no obstante, impopular esta boda en Inglaterra, por ser católica la infanta, y lo era igualmente en España por el recuerdo que de sus desventuras dejó la infanta doña Catalina, esposa del disoluto Enrique VIII. Fué, pues, preciso dar cima á esta empresa con gran sigilo, por no alarmar á ambos pueblos, y por lograr

intento de tan elevados fines. Decidióse que el príncipe de Gales viniese secretamente á España, acompañado tan solo del célebre Buckingham, y la imaginacion mas atrevida no podria crear circunstancias tan estrañas y romancescas como las que concurrieron en este singular viage.

No es del caso referirlas ahora; el príncipe de Gales llegó, despues de padecer muchos trabajos, á la corte de Madrid el 17 de marzo, y entabló al punto las negociaciones de su proyectado casamiento. Era hostil á esta idea el conde-duque de Olivares, valido de Felipe IV, y que tanta parte empezaba á tener en la direccion de los negocios públicos; por lo tanto, fueron estas negociaciones tardas y embarazosas, conduciendo por malos principios á peores fines.

Sin embargo, de acuerdo Felipe IV con el príncipe de Gales, y al parecer conformes sus ministros, determinóse pedir á la corte de Inglaterra la solemne aprobacion de este enlace, con el fin de celebrar cuanto antes los apetecidos esponsales.

Fué escogido para esta honrosa mision, don Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa, y capitán general de la artillería de España, el cual con el título de embajador extraordinario, salió de Madrid, con mucha pompa, siendo de ella testigos, el rey y el príncipe de Gales, á 13 de mayo del referido año de 1623. Entró en Francia por Bayona, y tanto en esta ciudad como en las demas de aquel reino, fué obsequiado cual su carácter

exigia, saliendo los jurados á recibirle, á dos y á tres leguas. En Fontainebleau, dondese hallaba el rey de Francia y su corte, hizo el marqués con su brillante comitiva, una entrada muy vistosa. Fué alojado en palacio, y, para obsequiarlo, representaron los comediantes de S. M. una obra célebre, á la cual asistió la familia real acompañada de hermosas damas y galanes caballeros. Dos días permaneció en aquel sitio real, al término de los cuales salió para París en compañía del embajador ordinario, marqués de Mirabel, en cuya casa se alojó durante otros dos días. Antes de salir del real palacio de Fontainebleau, regaló el marqués de la Hinojosa á los criados del rey que asistían á su cuarto, la suma de cuatro mil ducados.

En Calais se embarcó en los galeones que el rey de Inglaterra había mandado aparejar allí para este uso. Al llegar á Douvres, donde le esperaba con muchas carrozas del rey, el embajador don Carlos Coloma, dió mil ducados de regalo al capitán del galeon en que llegó á aquel punto su persona. Por todos los lugares que cruzaba, hacíanle muy obsequioso recibimiento, y así llegó á seis millas de Londres, donde, á la sazón, se hallaba el rey. Tan pronto como supo S. M. que llegaba el marqués, envió, para que lo recibieran en su nombre, á muchos caballeros principales que entonces se hallaban con el rey, para esta ocasión. Antes de que besara la real mano, llevóle con mucho acompañamiento, á una sala, donde había preparada una merienda de dulces y frutas, que, según cuentan las relaciones de aquel tiempo, valía mas de doce mil ducados. Después de besar la mano del rey, quien lo recibió con sumo agasajo, pasó á Londres, con numeroso y lucido acompañamiento, apeándose en un palacio que estaba prevenido de lo necesario para alojar al marqués y á toda su comitiva, y estaba situado muy cerca del de S. M.

El domingo 20 de julio fué el señalado para el juramento de las capitulaciones matrimoniales. Sacaron los pages del marqués una librea muy guarnecida de oro, sobre terciopelo liso, negro, acuchillado, y con entretela de tafetan azul. Fueron tantos los regalos y limosnas que repartió aquel día, y tal el influjo que ejerció su presencia en Londres, que, cuentan los apasionados relatos de la época, que se convirtieron á la fé católica, durante el espacio de pocos meses, mas de veinte mil protestantes.

Empezóse la ceremonia, yendo el marqués de Hamilton, en nombre del rey y acompañado de mas de treinta caballeros calificados á casa del marqués de la Hinojosa para acompañarle á palacio. Verificólo llevando en su séquito mas de sesenta coches, y estando las calles cuajadas de gente. Iban los dos embajadores españoles de un color de rosa seca, cuajada de pasamanos de plata, las capas aferradas de tela de oro y adornados con muchas joyas y diamantes. Cinco caballeros españoles que al marqués habían acompañado desde Madrid, iban con don Carlos Coloma, el mozo, hijo del embajador, vestidos caprichosamente, con cadenas, joyas, y cintillos de diamantes, causando la admiración del inmenso gentío. La librea de los pages de don Carlos Coloma era de terciopelo rosa seca, guarnecida de galones de oro, pasamanos también de oro, y entretelas de tafetan azul.

Llegaron á palacio á las doce, y después de recorrer una y otra pieza, que eran muchas y muy ricamente colgadas, bajaron á la capilla, donde no dejaban entrar sino á españoles. A la izquierda del altar había dos sillones para los embajadores; detras de ellos, una ba-

randa hasta donde se permitía llegar á los españoles que allí se hallaban.

Poco después entró el rey, llevando un collar de la Jarretera, y se sentó á la derecha del altar.

Junto al mismo altar, estaba el obispo de Dotham con una capa de coro, y dos capellanes revestidos de igual modo. Púsose en frente del altar una mesa, ocupando la derecha S. M., y la izquierda los dos embajadores. El rey puesto en pie volvió la cara hacia el altar, y el primer secretario leyó los capítulos que estaban en latin escritos en pergamino. Acabada esta lectura, presentó el obispo al rey una biblia abierta; y este juró, poniendo encima entrambas manos.

Volvióse el rey á su silla y los embajadores á las suyas, dando entonces principio la música de la capilla, cantáronse himnos en inglés, en alabanza de la paz y aumento de España é Inglaterra de los cuales la noche antes se había enviado copia á los embajadores, para que supiesen lo que se iba á cantar. Puestos todos los presentes de rodillas, dijo el obispo dos oraciones en inglés, la una por la salud del rey y la otra por la del principe de Gales.

Subieron en seguida los embajadores á descansar y de allí á poco entraron al salon de comer. Estaba ya el rey sentado á la mesa y mandó que á su izquierda, apartado algun tanto, se sentase el marqués de la Hinojosa, y al cabo de la mesa don Carlos Coloma. Brindó el rey, dirigiéndose al marqués de la Hinojosa á la salud del rey de España. De allí á un rato brindó el embajador extraordinario á la salud del rey de Inglaterra, y acabando de beber se levantó, haciendo ademán de besar los pies al rey, no permitiéndoselo S. M., y antes sí abrazándolo. Brindó por último don Carlos Coloma á la salud del principe y la infanta. Acabada la comida, se retiró el rey á su aposento y los embajadores al cuarto del marqués de Hamilton.

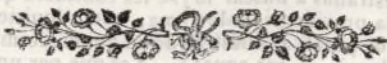
Hubo aquel día en palacio otra espléndida mesa, en la cual comieron los caballeros mas principales de Inglaterra y los del acompañamiento de los embajadores. A las cuatro de la tarde, en que iba teniendo fin, después de dos horas, este banquete, vinieron á buscar á los embajadores, que allí se hallaban de visita, para llevarlos al consejo de estado. Entraron ambos, y los del consejo, en presenciadel rey juraron los capítulos.

Los españoles é ingleses que estaban en las salas contiguas, se holgaron mucho de saber el término de tan feliz suceso.

Después de conferenciar á solas media hora con el rey los embajadores, volvieron estos á su palacio, acompañados de infinitos coches, y hallando tan llenas de gente las calles, que apenas podían pasar. Mucho fué el regocijo de los habitantes de Londres, en aquella noche que celebraron con luminarias é invenciones de fuego al acuerdo de un enlace que afortunadamente para la infanta de España, no llegó á verificarse. Atribúyese á muchas causas el rompimiento de este proyectado matrimonio, pero es evidente que fué una de las mas poderosas la rivalidad que, durante cinco meses, existió en Madrid, entre el altanero duque de Buckingham y el no menos altanero conde duque de Olivares.

El principe de Gales, que salió de Madrid para Inglaterra, el 9 de setiembre de 1623, es célebre en la historia por las desgracias que acortaron su vida siendo soberano de Inglaterra, bajo el nombre funesto de Carlos primero.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



LOS BAÑOS DE ARECHAVALETA.



Quando hace calor que cosa mas natural hay que refrescarse y para conseguir este objeto que otra mas á propósito que los baños? Hay muchas gentes que con ansia en el invierno esperan el verano, solo para experimentar el placer que se siente al sumergir nuestro fragil tronco humano en una pila estrecha llena de agua, ó en los pestilentes pozos del Manzanares, ó en la rápida corriente de otro rio mas cristalino, ó en el inagotable depósito de los mares. Cada uno deseando que llegue la privilegiada época de hacer la inmersión en el seno de aquellas aguas que mas en armonia están con su estado pecuniario. Muchas otras la ven con placer acercarse, por creer que será medicina que restablezca el deterioro de sus facultades físicas ó equilibre los humores, purgándolos de su acritud.

Entre los de este número se cuentan sin duda alguna los que por el prurito de la moda y con mengua de nuestro pais, se marchan á otros estraños á buscar lo con que tanta profusion derramó la providencia sobre el nuestro; porque, quien podrá disputar á nuestra España la mayor abundancia y escelencia de sus aguas de cualquier clase que se deseen? Y son tantas, que

puede asegurarse que son infinitos los preciosos manantiales que en lo mas encrespado de las montañas yacen aun ignorados de todos, menos de algun rústico pastor que conduzca su ganado á beber en ellos, ó de algun salteador de caminos que acostumbre á refrigerar con su frescura, el ardor que ha adquirido su sangre en un dia entero de espera; pero circunscribiéndonos á aquellos conocidos y de adquirida reputacion, que pais puede rivalizar con el nuestro en los maravillosos efectos producidos por sus aguas? Diganlo, si alguno cree que nos ciegue el amor pátrio, aquellos que desgraciadamente han tenido ó tienen necesidad de recurrir á esas fuentes bienhechoras de la salud, en las que por su fortuna la han hallado. Cuantos son los enfermos que dudándose ya si resistirian siquiera las penalidades de un viaje, han llegado exánimes, mas próximos á espirar que á recuperar su fuerza vital, y en pocos dias se les considera que con la rapidez que se hace la espuma, van adquiriendo su perdida energia y recobrando su ánimo desmayado?

Los que por una vana ostentacion van á prodigar su oro á cualquiera nacion, porque les es esto indiferente

con tal de no hacerlo en la suya, contestan á estas reflexiones que se carece de comodidades donde mas esmero debiera haber en proporcionárselas, que se carece de establecimientos bien acondicionados, y esto desgraciadamente era muy exacto poco tiempo hace, hoy ya no lo es tanto, mañana lo será menos, y nos sostiene la esperanza de que en este ramo como en todos, llegaremos á alcanzar los adelantos de los países mas civilizados, y aun tambien á superarlos, porque nunca el genio español en competencia queda atrás. Nosotros hemos visto los agenos y los nuestros, hemos buscado ocasion de considerarlos, y ahora, lo decimos con orgullo, poseemos algunos ya, que rivalizan con los de mas nombradía de Europa.

En otro artículo de un número anterior habrán visto los lectores del Museo una descripcion de los baños de Cestona; pues bien, en estos, en los de Arechavaleta en Guipuzcoa, y en algunos otros se encuentra reunida la comodidad del bañante con todo lo que puede deleitar al viajero.

El grabado que acompaña á este artículo, reproduce con bastante exactitud la casa de baños y la hospedería de los de Arechavaleta. Su actual propietario don Ricardo Tejada, no ha economizado ningún esfuerzo por colocar su preciosa posesion en primera línea, entre las de su clase, y digno es por cierto de todo el manantial, tanto por su extraordinaria abundancia que presta la considerable cantidad de treinta y tres cuartillos por minuto, cuanto por la calidad de sus aguas.

Pertenecen estas á la clase de las minerales, pero su fisonomía característica, si el agua es que puede adquirir fisonomía, es la hidrosulfurosa, segun resulta del analisis que de ella han practicado los señores doctores catedráticos de química de Madrid; su temperatura constante es de 14 grados del termómetro Reamur, y produce un olor semejante al de huebos podridos, sin que por esto deje de ser cristalina.

En el mismo sitio donde nace el manantial hay construida una magnífica casa de baños, que consta: de un salon de 120 pies de largo y 18 de ancho con su cúpula de cristales; de ocho gabinetes que sirven de comunicacion á diez y seis cuartos independientes para bañarse, con luz graduada á gusto de cada uno por medio de cristales y persianas; de las correspondientes pilas ó bañeras de una sola pieza de mármol bruñido y de grandes dimensiones; de una sala adornada con estatuas, gorgíficos y banquetas con almohadillas para descanso de los concurrentes; y de un bonito oratorio para celebrar misa en los dias de precepto.

A distancia de treinta pasos de este edificio hay otra casa hospedería, con tres pisos y las correspondientes habitaciones separadas en cada uno de ellos. Esta hospedería tiene un salon de recreo de hermosa construccion, con adornos, piano y varios instrumentos de música; junto á este salon hay otras piezas con mesa de villar, café y gabinete de lectura, habiendo sido contruidos estos suntuosos edificios de nueva planta en el año de 1842, con arreglo á los planos y bajo la direccion de don Martin Sarasibar, arquitecto de la provincia de Alava.

Una cosa hay de cierto y que no deja de ser digna de observarse y es que estas y otras muchas mejoras y adelantos como establecimiento de fabricas, empleo de máquinas etc. haya comenzado con anticipacion á ninguna otra provincia por las Vascongadas, y esto solo puede explicarse por su mayor roce con el vecino reino de Francia, y el carácter laborioso, sencillo y emprendedor de los naturales.

Las aguas de Arechavaleta, como todas las sulfurosas, obran aumentando el círculo sanguíneo, el apetito y la traspiracion. En consecuencia de esto y de los principios componentes, convienen en las herpes y enfermedades cutáneas análogas, en las escrófulas, en la gota, en los reumatismos antiguos, en las obstrucciones ó infartos del hígado y del bazo, en la anorexia ó dispepsia, en las afecciones consecutivas á los envenenamientos y á los cólicos, como temblores, parálisis, etc. En todos estos males se usan interior y esteriormente; pero los baños están mas indicados para las enfermedades cutáneas, reumáticas, en las parálisis, úlceras antiguas, etc. No se crea por lo dicho que estas aguas han de ser administradas sin consideracion alguna porque desde luego serian perjudiciales en los sujetos plétóricos, en los predispuestos á las hemorragias activas, en los escirros, etc.

Muchas son las personas que hallándose con medios, prefieren la estancia en las provincias lejanas para bañarse, bien sea en las espumosas olas que baten sus costas ó en la que producen los manantiales de sus montañas, y no es ciertamente porque con iguales circunstancias que aquellas, deje de haber en otros puntos de la península depósitos tan virtuosos y saludables, sino por lo agradable de su clima, por lo pintoresco de su posicion, y por los sencillos, nobles y generosos sentimientos de sus habitantes, que nos hace presumir al considerar sus virtudes inalterables, si habrá acudido á ocultarse entre la espesura de sus bosques nuestro antiguo, altivo é independiente carácter español.

Hay otra razon ademas de las enunciadas, y es que si en la faz de cada piedra en España puede leerse una página de su historia, puede considerarse como un tosco monumento que refiere algun hecho memorable y heroico, no es sin duda el pais que media entre el Ebro y los Pirineos el que menos contiene, mucho mas ahora que ha sido el teatro de una lucha reciente y desastrosa. Y quien será el español que al considerar las formidables líneas de Hernani, los abrasados edificios del malhadado puente de Andoain, los ahugeros aun donde se incrustaban las balas fraticidas, y los mil y mil picos de rocas y derruidos castillos, salpicados aun con la sangre fresca de nuestros compatriotas; quien será decimos el que no recuerde la pérdida de un hermano, de un esposo ó de un amigo? Muchos son los atractivos de aquellas provincias para el viajero, pudiendo contemplar sobre el sitio mismo en que ocurrieron las escenas, hechos célebres que hemos considerando todos á mas ó menos distancia y con la mayor ansiedad.

Esta es sin duda una de las razones, ademas de la de comodidad, que inclina en nuestro concepto á los bañantes á dar la preferencia á los afortunados manantiales de aquellas provincias.

Estraño parecerá y aun fuera de tiempo y de lugar, el que nos ocupemos de baños ahora y precisamente en el momento que casi puede darse por concluida la temporada, y cuando no tardará en cerrarse tanto el bello establecimiento que nos ocupa, como los demas de su clase, pero no debe de parecer así, si se considera que el Museo no muere nunca, que se lee en todas estaciones, lo mismo en el invierno que en el verano, y que el tiempo es una esfera que gira sin cesar; que detras de setiembre con su fresco, sus ferias y melocotones, viene con sus pascuas y turrones el diciembre; abril con sus lozanas y gallardas flores y julio con sus baños y verbenas.

J. L.

EL PILORI O POSTE.



L DAVID DEL.

LALLOU SC

El pilori de Waterloo.

Los etimologistas, de conjeturas insondables piélagos, disienten en sus opiniones acerca del origen del nombre de *pilori*.

Pretenden los unos derivarse de *pila* ó de *poloritium*,

pila pequeña porque se trata en efecto de un pilar ó columna en que antiguamente se ostentaba el escudo y los blasones de la nunca desmentida justicia del señor del lugar ó lugares, y que se situaba en el centro de un sitio

público y en la confluencia de cuatro calles ó cuatro caminos.

Otros dicen casi enteramente lo contrario, que se deriva de *pilleur*, palabra francesa que significa *hurta-dor* ó ladrón, porque era donde se esponía á la bafa pública á los ladrones, y malversadores de los caudales del comun, y á los que se declaraban en quiebra ó bancarrota, mientras que no falta quien afirma trae su origen de *pozo-lory*, nombre de algunas plazas públicas destinadas para las ejecuciones de los criminales. Es cierto que aun en algunos países y aun si no nos equivocamos en el nuestro tambien, existen algunas plazas que se llaman de *Lory*, pero no es del todo lícito suponer por esto que el instrumento de un suplicio en uso entonces, acabase por tomar el nombre del sitio en que se colocaba. De todas suertes, cuestion es esta en la que creemos poco interesados á nuestros lectores, y por lo tanto adoptamos la primera etimología, que es la de pilar ó columna, porque la juzgamos con mas probabilidad.

Pero lo que es un hecho, es que el *poste*, pilar ó columna, era una especie de jaula estrecha situada en el extremo superior de una columna, que giraba sobre un eje que tenia en su centro. El sentenciado al suplicio del *poste*, estaba como el grabado representa, de pie, sujeto por la garganta con una argolla ó corbatín de hierro la cabeza, y sus manos á la espalda atadas y presas tambien de dos anillos. En esta situacion el ejecutor de la pública justicia, ó verdugo, hacia dar á aquella máquina tantas vueltas cuantas prescribia la sentencia, y á cada una hacia una corta pausa para que sirviera de espectáculo al pueblo. Ya hemos dicho que aun existen calles y plazas que se llaman de *Lory* y de *Pilori* y decir que un sugeto vive en el *Pilori* no es decir que *este en el Pilori*; la diferencia no deja de ser muy notable.

Era muy frecuente que el criminal espuesto de esta manera á la vergüenza del pueblo, y que por esto solo llevaba impreso ya un sello infamatorio, viera junto á las mismas gradas de la habitacion poco cómoda que le habian procurado, alzarse á sus mismos ojos los útiles de otro suplicio un poco mas sério; puesque permanecian espuestos asi los sentenciados á la pena de muerte, antes de ahorcarlos. Casi diariamente podia recrearse el público en espectáculos de este género; pero la experiencia ha demostrado, ó cuando menos nosotros asi lo creemos, que un pueblo guiado por la senda del temor de los suplicios, es un miserable pueblo, y creemos que es mas seguro conducirlo por el camino del bien y de la felicidad, dándole á considerar monumentos gloriosos como recompensas conquistadas por la virtud y el genio.

En Francia mas que en ningun otro pais, es donde ha estado mas en uso este suplicio, y entre otros postes ó columnas célebres, se recuerda el que existia de la Justicia de *San German de Prés*, situado en la confluencia de las calles de *Bussy*, *Santa Margarita* y del *Four*, y otro mas notable aun, que se elevaba en el *Carreau des halles*. Este último era un edificio de fábrica, en cuya parte superior habia construida una especie de linterna que daba vueltas, y en la que no solo se esponía á los criminales á la vergüenza pública, sino que muchas veces servia de cadalso para las ejecuciones de los sentenciados á muerte; pero este se incendió y cuando se

construyó de nuevo no tuvo otro uso que el primitivo, para los que hacian quiebras fraudulentas y para los usureros, que segun las leyes de aquella época eran conducidos al poste donde permanecian dando vueltas durante tres domingos ó fiestas solemnes. Existia junto á la base de la columna y precisamente en el mismo sitio que hacia poco servia de asilo seguro de ladrones y malhechores, una gran cruz, al pie de la que, por un contraste singular, se les leia la sentencia á los condenados al poste confiscándoles sus bienes y agregándolos á los del comun.

Del siglo diez y seis data el poste ó columna que representa la lámina de este artículo; fué construido por nuestros abuelos en tiempos de Felipe II, y existe aun ruinoso en Bélgica á la izquierda de los célebres campos de Warteloo. Todas las construcciones de este género en Francia fueron demolidas en tiempo de su memorable revolucion, por haberse abolido legalmente el uso de semejante suplicio. En España aun recordamos, no obstante de que no somos muy viejos, cuando no en una columna, sino caballeros en un misero jumento se paseaba por las calles mas principales á los delinquentes sentenciados á la vergüenza pública; y aun mas, cuando desnudos de medio cuerpo, con menoscabo hasta de la decencia, eran públicamente azotados y emplumados. Semejantes tiempos por fortuna pasaron para no volver.

Muy poco tiempo hace que en Francia se esponía á la vergüenza á los criminales, pero no enjaulados como antiguamente, sino sobre un tablado y atados á un poste y sujetos por la garganta con una argolla, como las que usaban las damas del siglo XIII en recuerdo de los cristianos que caian como esclavos en poder de los berberiscos, donde mejor que en ninguna otra cosa se prueba que la moda se apodera de todo.

Ahora las elegantes no llevan al cuello argolla ni aun casi collares; en las manos únicamente es donde si acaso, brillan algunos ricos anillos, y esto no en todas, por que este diminuto signo de sumision ó esclavitud no les conviene.

Pero volviendo al objeto del artículo, no queremos terminarlo sin apuntar una reflexion que nos ocurre ahora mismo.

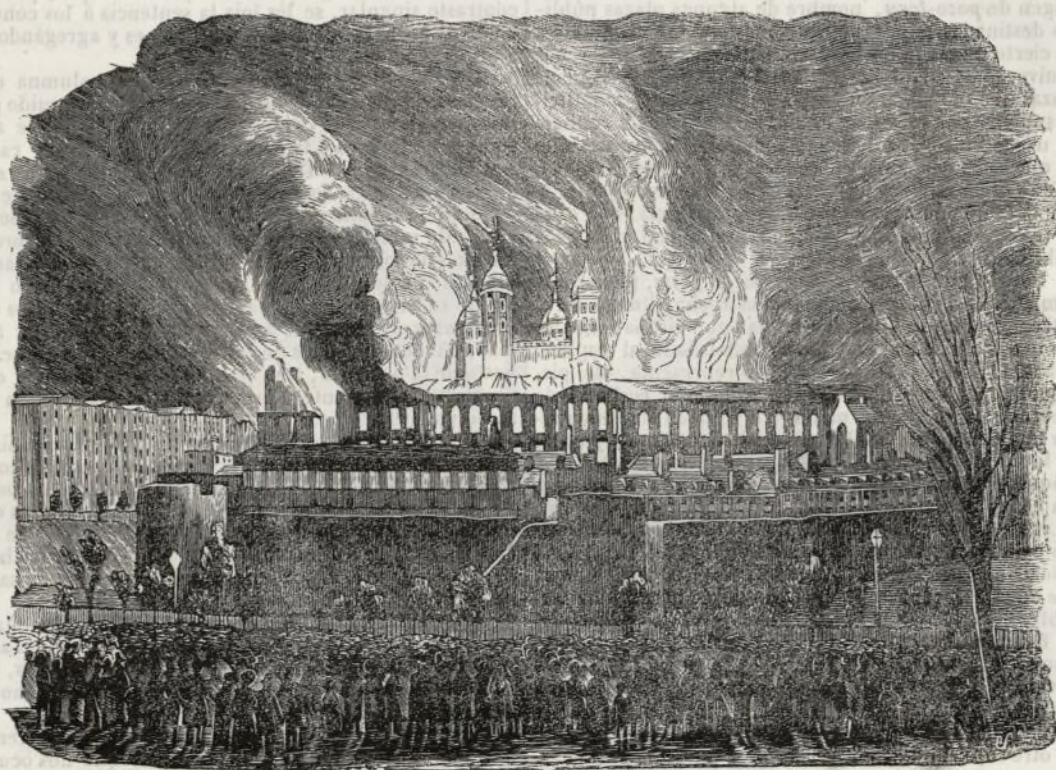
Poco hace que se esponía á la vergüenza paseado en un borrico ó atado á un poste á hombres tan solo sentenciados á cortas retenciones ó á penas cuya duracion era temporal, pero que sin embargo adquirian una nota infamatoria, y terminado el tiempo de su condena se restituia á la sociedad al que ella habia castigado, y recobraba todos sus derechos, sin que por esto pueda borrarse el haberle declarado infame.

La infamia debia terminar con el cumplimiento de la pena, pero esto por mas que se quiera decir es imposible. Hay otro criminal cuyos enormes delitos le han grangeado una condena de veinte años de presidio y queda por el resto de su vida justamente infamado.

Pues ahora bien, no es una inconsecuencia terrible é injusto, que por dos delitos que disten mucho entre sí, se adquiriera una misma nota infamante, y que por el interés de la sociedad cuanto por el bien de la humanidad, exijia esto del legislador una pronta y rápida reforma!

Algo se ha hecho ya en nuestra España con la abolicion de los suplicios que nos ocupan, pero aun puede y debe hacerse mas en obsequio de la sociedad.

INCENDIO DE LA TORRE DE LONDRES.



Un sordo rumor, gritos, grupos delante de las casas, blancas apariciones en las ventanas, hombres, mugeres corriendo en desorden, un terror inquieto en todos los semblantes, á las once de la noche en las calles de Londres, todo esto era un espectáculo singular, espantoso para un extranjero que apenas comprendia la lengua hablada, y que siempre habia visto á los habitantes marchar gravemente, sin precipitacion, sin tropezarse, casi en silencio, siguiendo por las aceras con un orden, una calma y una precision de movimientos que son desconocidos en otros paises.

Pregunté á algunas personas pero solo obtuve respuestas breves, rápidas, extrañas, que sonaban en mis oidos mas bien como semi-abullidos que como palabras humanas: era imposible comprender nada.

Era aquello una nueva insurreccion de cartistas? un motin ó una revolucion? Mas vivamente agitado que nunca, desde mi llegada á Inglaterra, con la enorme desigualdad en la reparticion de bienes, con el reducidísimo número de propietarios, con la existencia precaria de las clases medias, con la miseria que amenaza y asedia incesantemente á la multitud, con esa mezcla política de humanidad en los principios generales y de egoismo práctico que sostiene y protege tan habilmente á las castas privilegiadas, hallábame en una disposicion de ánimo á propósito para exagerarme á mi mismo facilmente todas las cosas; así es que mi primer pensamiento

fué que aquella noche del 30 de octubre, en que todo Londres parecia á mis ojos sublevarse en masa, como para un San Barthelemy, seria tal vez fatal á la mas ilustre, á la mas poderosa de las aristocracias modernas, y solo, conmovido seguí á la multitud, pero pronto llegué á un punto en que se cruzaban muchas calles y queriendo abreviar el camino, me hallé al extremo de un callejon sin salida cerrado por una reja desde donde se veia el Támesis. Una luz rojiza flotaba en la superficie de las aguas. Tenia delante de mí los *Dochs* (Londondochs) y á mi izquierda la Torre de Londres. Entonces supe que lo que causaba aquella alarma y alboroto era el incendio de la Torre de Londres.

Para ver el desastre en todo su horror, y seguirle en sus progresos, para ser testigo, con riesgo de perecer de las emociones tumultuosas del pueblo que afluia por todas partes hacia la antigua ciudadela, me hubiera sido preciso atravesar un puente y dar un largo rodeo. Sobrecogido por el espectáculo imponente que se ofrecia á mis ojos tan inopinadamente permanecí adherido á la reja, contentándome con ver el incendio desde lejos, y por decirlo así al revés. Desde este sitio el efecto era verdaderamente de un magestuoso horror. La Torre Blanca y su mole cuadrangular, la parte mas antigua del edificio, fundada por Guillermo el Conquistador, se levantaba sombría y salvaje entre el rio y el horizonte encendido; sus ventanas, sus barrotes, se tenían con

reflejos rojos y sangrientos, mientras que por encima de ella se lanzaban gigantescas llamas, tortuosas, furiosas, rápidas como flechas. Por las aguas alternativamente purpúreas, amarillas y negras, se deslizaban barcos llenos de espectadores pálidos y silenciosos; los murmullos lejanos y los clamores se reforzaban, se debilitaban y se extinguían en la noche, según las alternativas de espanto, de temor ó de esperanza. Por instantes el incendio arrojaba al cielo una sola llama, el pueblo un solo grito. Esta llama cubría toda la ciudad, este grito llenaba todo el espacio. Temblaba yo de admiración y de espanto.

Como extranjero me sentía menos dolorosamente afectado con aquella terrible destrucción que las mugeres y los viejos que se agrupaban en aquel momento á mi alrededor; los hombres y los jóvenes estaban todos en el fuego, sin embargo estaba oprimido. Si no existiera mas que un solo ejemplar de uno de los dramas de Shakespeare ó de un cano de Milton y lo arrojasen delante de mí en las llamas, creo que sufriría una angustia análoga á la que experimentaba. Aquel montón de torres, de baluartes, de construcciones bárbaras, cercado con fosos, no es seguramente un hermoso monumento: y sin embargo la impresión que producía la Torre de Londres desde la primera vista no se borraba jamás. Residencia real en tiempo de Enrique III, fortaleza, prisión de estado, en tiempo de Enrique VIII y sus sucesores, cuenta mejor que ningún historiador las desgracias, las sediciones, las luchas, las venganzas, los crímenes del feudalismo y de los reyes ingleses. Para quien ha estudiado cada una de sus torres, de sus departamentos, y cada uno de sus subterráneos, es una crónica que resucita en la imaginación una escena memorable. Si se le mira y escucha en lo pasado, parece que se oye á la vez las aclamaciones que saludan á los nuevos soberanos, los gemidos de los prisioneros; y los rumores que rodean el cadalso de Tower-Hill; parece que se ven los vivos resplandores de las coronas reales contrastar con la herrumbre de las cadenas y los frios destellos de la hacha. Tres hombres, durante muchos siglos, reinaron juntos en esta tenebrosa mansión: el rey, el carcelero y el verdugo. Cuántos ilustres cautivos han poblado estos calabozos! William Wallace, David Bruce, el rey Juan y su hijo después de la batalla de Poitiers, Eduardo 1.º y su hermano el duque de York, Tomas More su historiador, la misma gran Isabel acusada en su juventud de complicidad en la rebelión de Wyatt. Cuántos nobles despojos cubren las losas de su capilla, cementerio de los ajusticiados! Allí reposan las desgraciadas Ana Bolena, Catalina Howard la culpable esposa de Enrique VIII, el duque de Sommerset, Juana Grey que reinó once días en Inglaterra, y su esposo el duque de Norfolk, á quien cortaron la cabeza por haber aspirado á la mano de Maria reina de Escocia, su hijo el conde Arundel; el bravo é impetuoso favorito de Isabel el conde de Essex, los rebeldes de 1745.

Mientras me dejaba arrastrar á los recuerdos que estos nombres despertaban en mí, trascurrían las horas. Ya los habitantes de las casas inmediatas á la reja volvían del teatro del incendio y por las conversaciones animadas que se entablaban en las puertas, conocí que había que lamentar pérdidas inmensas, pero que quedaba la seguridad de salvar la mayor parte del monumento.

Volvíme entonces sin dificultad á mi posada, donde supe por las personas que entraron en la mañana del siguiente día los detalles que siguen.

A las diez y media de la noche un centinela que se hallaba sobre el terrado de la Torre de Londres, percibió una luz extraordinaria bajo la cúpula de la torre redonda. Disparó su fusil para dar la alarma y al instante se reunieron todos los soldados. Pasóse inmediatamente

te avisó á los oficiales superiores de la torre aunque con la probabilidad de no encontrar á ninguno. El condesable que tiene mil libras esterlinas de sueldo é inmensos beneficios (es hoy el duque de Wellington) no ejerce ninguna función. El lugar teniente de la torre que goza de un sueldo casi tan considerable, tiene plena confianza en el diputado lugar teniente y en el mayor. El mayor... pero esta vez el mayor Erlington estaba en su puesto, y su actividad y su presencia de espíritu fueron admirables. Por su orden se estrajeron inmediatamente de la Torre nueve bombas de reserva, pero no podían arrojar el agua sino con mucho trabajo hasta la altura, de la torre Redonda. Los bomberos de Londres acudieron también, pero fueron detenidos algun tiempo en las puertas por los centinelas que las oponían su consigna.

El fuego había estallado en la sala de Inspección que ocupaba toda la longitud de la Torre y que estaba debajo del comedor, donde se cuenta que el duque de Clarence se quitó la vida ahogándose en un tonel de malvasia.

A las once estaba consumada la destrucción de la torre Redonda y ardía el gran almacén. Las diferentes colecciones de armas que hacían de la Torre de Londres uno de los arsenales mas ricos y mas curiosos de toda Europa, no eran ya mas que un brasero espantoso. A las doce estaba amenazada la torre del reloj. Una turba innumerable asediaba las inmediaciones de la Torre. Trescientos hombres de la policía y cuatrocientos fusileros rechazaban á la multitud.

A las doce y media el incendio se propagaba con espantosa rapidez, y las llamas alumbraban un espacio inmenso. La Torre parecía un volcan; el calor era tal, que se incendiaron las bombas colocadas á gran distancia de las llamas.

Concentraron todos los esfuerzos y todos los socorros del lado de la torre Blanca y de la iglesia de San Pedro.

El mayor Erlington, viendo las llamas tomar la dirección de la torre de los Diamantes de la Corona, mandó romper las puertas. Las llaves estaban en casa del Lord Chambelan. Veinte minutos fueron necesarios para penetrar á la fuerza en la Torre, de la que pronto se vió á los guardas salir cargados de cetros, de diademas de toda especie; entre estas preciosas insignias, estaban la corona de San Eduardo, hecha para la coronación de Carlos II; la corona de estado que el rey ó la reina lleva al parlamento; la diadema de oro de la reina; las otras diferentes coronas destinadas para las ceremonias, la Ampolla, el águila de oro, la espada de la Misericordia. El mayor Erlington hizo depositar inmediatamente estos efectos preciosos en sótanos seguros.

A la una la torre del reloj se había desplomado con un ruido espantoso que parecía una descarga de artillería.

Las bombas sin embargo no habían cesado de trabajar, servidas por mas de dos mil hombres y lanzaban millares de toneles de agua por minuto sobre los edificios incendiados.

Los soldados echaban apresuradamente mantas empapadas en agua sobre los barriles de pólvora y los sacaban rápidamente: nueve mil libras de pólvora fueron arrojadas al Támesis.

A las dos el fuego era mucho mas amenazador: se temía de un momento á otro la explosión de la pólvora guardada y que no había podido estrarse, pero á las tres los bomberos eran ya dueños del incendio, y á las cinco se tenía la seguridad de que ya no había que temer nuevos desastres.

Se asegura que el incendio fué causado por un accidente imprevisto, y que los cañones de las estufas habían comunicado el fuego. Sin embargo es muy difícil averiguar la verdad. Cálculase la pérdida en ciento vein-

te millones de reales. De 250.000 armas diferentes conservadas en los arsenales, no se pudieron salvar mas que 4.000. Una sola de las salas contenia tiendas para 20.000 hombres. Todos los cañones de cobre, es decir, los mas curiosos habian sido fundidos. La mayor parte de los trofeos militares que tan preciosos recuerdos conservaban para los ingleses fueron enteramente quemados. El de Waterloo lo estaba de tal modo que apenas pudo conocerse; solo quedaron los ocho cañones

tomados en Waterloo, que sostenian el pedestal sobre el cual estaba colocado el busto de Guillermo IV. Habiéndose quemado tambien las ocho banderas que el general Bonaparte envió al directorio en 1798.

Tal es la relacion quizá exagerada que circuló en Londres y publicaron en sus columnas los periódicos. Los incendios de la Bolsa y de las Cámaras del Parlamento no causaron mas profunda sensacion en la capital de la Gran Bretaña.

HISTORIA NATURAL.



EL FENICOPTERO.

La figura original de este pájaro, ha sido entre los naturalistas origen de cuestiones y de dudas, porque no saben entre los de que especie colocarlo, pues sus particularidades distintivas pertenecen á diversas.

Por la extraordinaria longitud de sus patas, parece á los pájaros que se abrigan junto á los rios vadeables, y que nadan como la garza-real y porque las tiene tambien planas como los pájaros acuáticos, como el ánade, por ejemplo. Su largo y delgado cuello sustenta una cabeza extraordinariamente pequeña, y terminada por un pico de la mas extraña estructura. No nos es posible dar una idea mas cumplida de su forma, que remitiendo á nuestros lectores al grabado que lo representa. Cuando hacen sus nidos tienen necesidad de hacer un montoncito de tierra en los sitios pantanosos que escogen para el deshobe, cubriéndolos despues como un ginele sobre su caballo, á causa de lo largo de sus patas que les estorba tomar otra posicion. La especie comun reproducida en la lámina, suele tener unos seis pies de altura y como cuatro de la cola al pico. La pluma es de un color ceniciento ligeramente jaspeado en el primer año de su vida; en el segundo comienzan á parecer en sus alas algunas tintas rosadas; y en el tercero cuando ya ha adquirido todo su desarrollo adquiere un color rojo y las alas un sonrosado fuerte. Las estremidades de las plumas de las alas son negras y el pico ama-

rido y terminado en negro por su extremo y sus patas de un color oscuro como ceniza fuerte; en este estado es cuando el fenicoptero rojo, brilla con sus compañeros la garza-real, las culebras verdes y los cocodrilos, sobre las islas flotantes de piscia y ninfeas que se alzan sobre las precipitadas corrientes de la América y que con tanta poesia han descrito algunos, aunque pocos, célebres viajeros; porque en América es el pais en que son mas numerosos estos pájaros.

Pretenden algunos naturalistas que el fenicoptero americano es una especie particular, que viajan en tropas, que se alinean para pescar y que se retiran de las orillas con el mismo orden que pudiera hacerlo un regimiento á la voz de mando de su coronel; que establecen centinelas para que no los sorprendan, y bien sea que descansen ó que esten entretenidos en proporcionarse su alimento, uno de ellos se coloca de vigia con la cabeza erguida para observar, y si algun alarmante ruido escucha, exala un graznido parecido al ronco son de una trompeta: en el mismo instante, en semejante caso, se pone aquella columna en fuga precipitada, conservando en su vuelo cierta regularidad parecida á la de las grullas en sus emigraciones.

Diferentes ensayos se han hecho para aclimatar su especie en los países templados de Europa, pero siempre con mal éxito, á poco tiempo languidece y muere, no obstante que sino nos equivocamos, ha debido existir ó quizá exista aun uno de estos bichos en la pajarera de la casa de fieras del real sitio del Buen Retiro.